

BOIS LIBROS
ASA

TERROR

Frank Martin



**EL HORROR
SURGE DEL FRIO**

TERROR &



© FRANK MARTIN
Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero
Publicación semanal
Aparece los viernes

I. S. B. N. 84-06-00735-4
Depósito legal: M. 13.694 - 1977

Printed in Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32
Fuenlabrada (MADRID)

TERRO

**EL HORROR
SURGE DEL FRIO**

Frank Martin



**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO 1

A

RTHUR Shelby miró con desorbitados ojos el indicador de combustible del panel de mandos de su avión.

Era una comprobación final, pero esperaba que en sus anteriores consultas se hubiese equivocado.

No.

Para su pesar, no era así...

El residuo de esperanza que aún le quedaba se desvaneció al ver el indicador totalmente inmóvil en el extremo izquierdo del dial.

—¡Vacío! ¡Está vacío!

En la cabina no había nadie salvo él. Sus grandes y frías manos se aferraron desesperadamente a la palanca.

Shelby escuchaba los carraspeos del motor que, falto de combustible, jadeaba casi como él mismo.

Por las ventanillas de la cabina desfilaban inmensas moles de hielo, mientras el morro del aparato se inclinaba más y más hacia el blanco suelo.

—¡Voy a estrellarme!

Se dio cuenta de que ya nada podía salvarle.

Iba a morir.

No podía hacer otra cosa sino aceptar aquel fatal sino.

Y Shelby comenzó a rezar...

Era lo único que aparentemente le quedaba por hacer.

Sí.

Más hielo, nuevas gélidas moles pasaron ante su campo visual.

El avión zumbaba, oscilaba, carraspeaba y descendía, todo al mismo tiempo.

—¡Esto es el fin!

Su voz se mezcló con los demás ruidos.

Luego, el hombre cerró los ojos. El zumbido se hizo más intenso. El suelo parecía abalanzarse sobre el aparato, que no tardó en ser absorbido por una montaña de compacta nieve.

Arthur Shelby solo sufrió durante unos instantes...

Norka aseguraba a los otros esquimales.

—Es un... un avión. ¡Se ha estrellado cerca de la sagrada tumba del Dios del Hielo!

Norka, cuyo rostro curtido por el hielo y lleno de arrugas parecía un pardo mapa en relieve, miró fijamente a sus compañeros.

Todos ellos habían oído el petardeo del avión al aproximarse al suelo.

Pero solo Norka se encontraba al otro lado de la blanca colina y pudo señalar el lugar donde el aparato había caído.

Otro nativo, cuyos ojos denotaban su temor, preguntó:

—¿Estás seguro? Recuérdalo, Norka: esa es la sagrada tumba. Puede tratarse de un augurio, de un mensajero, de...

El pétreo rostro de Norka carecía de expresión.

—No, Bruk. Estoy seguro de que no es más que un aeroplano hecho por el hombre. Dentro iba un ser humano, que ha invadido el territorio sagrado.

Un tercer nativo intervino.

—Pero, Norka, si un extranjero entra en el lugar de reposo del Dios del Hielo, comete sacrilegio. ¡Sacrilegio! ¡Si él despierta, su venganza contra nosotros será pavorosa!

Norka asintió torvamente. Cerró los puños decidido y su capucha de piel casi se movió con el fruncimiento del ceño del esquimal.

—Estás en lo cierto. Tenemos que mantenerlo alejado de la sagrada tumba. Debemos seguir gozando del favor divino del Dios del Hielo.

El grupo de esquimales miró en torno suyo, a los kilómetros y kilómetros de monótona blancura. Sus anoraks de oscuras pieles contrastaban con la alba nieve.

—¿Dónde se estrelló, Norka?

Norka, el más viejo del grupo de nativos, meditó por unos momentos, arrugando la nariz como reacción a las ráfagas de viento que azotaban su curtido rostro.

—Allí.

—Cerca de la sagrada tumba...

—Ese hombre puede llegar a la sagrada tumba en cuestión de minutos. Está muy cerca del territorio sagrado. Será mejor que nos demos prisa si queremos llegar al lugar de reposo antes que él. No podemos perder tiempo.

Los negros ojos de Norka escudraron el área en torno a él y a sus compañeros, fijándose su mirada en los trineos y en los tiros de perros esquimales que ladraban sordamente.

—Cogeremos los trineos y llegaremos allí enseguida.

—Entonces, pongámonos en marcha.

Entre los otros hubo algunas discusiones, pero al cabo de unos segundos abordaron los trineos y azuzaron a los perros.

Los animales ladraron, el viento ululó, como deseando emularlos, y el grupo partió hacia la sagrada tumba.

Donde reposaba el Dios del Hielo...

* * *

Arthur Shelby estaba reviviendo.

Era algo que ni remotamente había esperado, porque, según toda lógica, en aquellos momentos le correspondía ser un helado cadáver.

Simplemente eso.

Sí.

¡No podía tratarse más que de un milagro!

¡Aquellas plegarias finales debieron de resultar eficaces!

Una blanca masa estaba sólidamente pegada contra los cristales de la cabina del avión, en cuyo interior reinaba un cortante frío.

No cabía duda de que el potente aparato ya no volvería a volar.

Nunca.

Shelby rezó de nuevo, esta vez en acción de gracias.

—¡Vivo! ¡Estoy vivo!

Aún no se acostumbraba a la idea de que no era un cuerpo muerto. Flexionó los dedos, reafirmando su existencia.

Notó la punzada de la temperatura bajo cero reinante en el exterior y que se filtraba a través del dañado fuselaje del avión, que se encontraba retorcido como si fuese una lámina de hojalata. Se frotó las manos, y la fricción le ayudó a combatir el frío.

Era casi como si se hubiera salvado por... un motivo.

Supersticiosamente, y mientras seguía facilitando la circulación de su sangre mediante el masaje de sus manos, pensó que debía su vida a algo sobrenatural.

Le constaba que debía estar muerto.

¡Pero no lo estaba!

¿Por qué no?

Eso deseaba saber...

Se soltó el cinturón de seguridad y a duras penas consiguió salir del asiento, buscando algo.

Sabía dónde lo había dejado: en una cajita metálica detrás del asiento del piloto.

—Aquí está. Continúa aquí. Y espero que siga intacta.

Se inclinó para recoger la caja, que colocó sobre el asiento. Accionó un par de cierres metálicos y levantó la tapa.

—¡Espléndido! La capa de algodón ha evitado que se rompa.

Sonrió por primera vez desde hacía horas al tiempo que sacaba la botella de *whisky* del recipiente rectangular. Chasqueando la lengua de placer, quitó el tapón y comenzó a beber con placidez el líquido ambarino.

—Esto es una maravilla. Le calienta a uno.

Entonado por los reconfortantes tragos, se dirigió no sin dificultades a la salida trasera del aeroplano. La abrió y se aventuró en la frialdad que le aguardaba fuera.

El viento, casi sólido, le abofeteó el rostro.

Pero la protección del alcohol que llevaba dentro le ayudó a reponerse.

Los vientos aullaban a su alrededor.

El escenario estaba compuesto únicamente por blancos montículos de distintas formas y tamaños.

Solo eso.

—Me alegro de no vivir aquí.

Luego hipó y bebió un nuevo trago de *whisky*. Se sintió más tonificado y más borracho, pero también más a gusto.

A lo lejos, unos perros ladraron formando un extraño coro canino.

—¿Qué es eso? Parecen perros. Quizá vengan por mí. Quizá sea una partida de rescate. ¡Eso mismo! Alguien me vio caer y envió unos trineos a que me recogieran. Quizá sea un encantador perrazo de San Bernardo con bebida para calentarme.

Sus pies, ateridos por el frío, comenzaron a moverse sin rumbo, solo por avanzar, a fin de no ser un carámbano humano sobre un montículo de nieve cuando sus salvadores llegasen.

—Quien sabe... Quizá pudiera incluso salirles al paso...

Volvió la vista hacia el avión, cuyo morro estaba totalmente sepultado en la nieve. Las secciones restantes del aparato surgían del montículo como un dardo clavado en una inmaculada diana.

—A este chisme ya no lo sacan de aquí.

Luego apartó la mirada.

Shelby prestaba poca atención a dónde ponía los pies. Tropezaba con frecuencia y en varias ocasiones cayó de bruces sobre la blanda nieve. Un nuevo trago de *whisky* le incitaba a levantarse y a continuar la marcha.

—He de seguir andando... Quizás el perrazo ese de San Bernardo esté esperándome con su barrilito al cuello.

Rio bobamente y echó otro trago.

El ladrido de los perros se hizo más fuerte, aumentando su confianza en un próximo rescate.

Shelby consumió los últimos tragos que aún quedaban en la botella y luego la arrojó al aire.

—Ya viene de camino más bebida.

Los ladridos sonaban más fuertes. Los perros estaban aproximándose.

Shelby continuó andando, haciendo esos, comenzando a perder el control de sus pasos. Tropezaba con más frecuencia que antes, y tenía que levantarse del helado suelo también más a menudo.

Pero continuó andando, al ritmo del viento y de los ladridos.

Comenzaba a darse cuenta de que no podría seguir caminando; ni tampoco le sería posible conservar la consciencia. El frío estaba llevándose consigo el calor producido por el *whisky*. Y el hombre ya casi ni notaba sus pies.

—Tengo... que... seguir...

Pero no podía.

El viento y los ladridos ahogaron su voz.

Hundió sus enguantados dedos en la nieve, mezclada con laminillas de hielo que opusieron resistencia a la presión. Aferrado así a la capa helada, reunió la energía que le quedaba logrando avanzar un poco.

Hasta que tropezó con algo...

—¿Eh? ¿Qué es esto?

Extendió una temblorosa mano frente a su congestionado rostro. Bajó la mirada. El denso aire le resultaba casi imposible de respirar. Sus dedos, casi totalmente entumecidos, apenas advertían el tacto de la superficie que tenía ante sí.

—Es... duro... como el hielo...

Su otra mano se aferró a la helada nieve de debajo de su cuerpo. Logró impulsarse un poco más hacia adelante. Ahora su cabeza reposaba contra la pared del hielo que, como un pilar, se alzaba frente a su medio congelado cuerpo.

Al fin reunió suficiente energía para levantar la cabeza.

—¿Q... qué?

Sus ojos escrutaron el objeto que se elevaba unos cinco metros hacia el desapacible cielo.

Los perros estaban ya más cerca, y sus ladridos se mezclaban con voces de seres humanos.

Pero Shelby ya no escuchaba nada.

Tenía la atención prendida en aquel objeto similar a un muro; ya no le importaba ni el clima, ni los ruidos, ni nada más.

Sus acuosos ojos estaban ahora a la altura de la base del objeto.

—Es como... una pared de hielo... Casi... como de cristal. Es transpa... transparente. Hay algo... dentro.

En efecto: dentro del bloque de hielo había algo...

Sí.

Algo reposaba dentro de aquella sagrada tumba...

¡El Dios del Hielo!

Tras la transparente superficie, Shelby creyó ver dos piernas: dos largas e inmóviles piernas humanas. Y dos inmensas botas, igualmente inmóviles.

Su atónita mirada comenzó a ascender, fijándose en los largos y extendidos dedos al extremo del desmadejado brazo izquierdo. ¡Pero qué dedos! Shelby parpadeó y miró de nuevo. No, no se había equivocado: lo confirmó con otro vistazo. ¡Eran unos dedos gigantescos, de color amarillo! E increíblemente largos.

—Debe de ser una ilusión óptica producida por el hielo...

Levantó la mirada para ver el otro amarillento miembro, alzado contra la gélida lámina, como en un último esfuerzo para liberarse de su presión.

La congelada criatura tenía también cabeza; pero estaba muy alta. En realidad, demasiado alta para que Shelby, desde su posición, la pudiese identificar, borracho o no.

Ladridos más fuertes; nuevas voces humanas.

Sus temblorosas manos se deslizaron una y otra vez contra la resbaladiza barrera de hielo. Con enormes esfuerzos, Shelby logró levantar las rodillas. El cuerpo le dolía terriblemente, pero consiguió incorporarse y quedar apoyado contra la gélida lámina.

Sus pies estaban casi al nivel de las monstruosas botas, pero incluso desde esa posición la cabeza de aquella cosa quedaba muy por encima de la suya.

Shelby medía más de un metro ochenta...

¡Pero aquella criatura debía de llegar casi a los dos metros y medio!

La turbia mirada de Shelby siguió ascendiendo, intentando alcanzar con su mirada el petrificado rostro que se alzaba sobre el suyo.

—¡No, no puede ser!

Miraba desorbitadamente aquellas horribles facciones amarillentas que parecían una macabra parodia de las humanas... recosidas, desfiguradas, grotescas.

—¡Es horrible!

El rostro de Shelby se contorsionó en una mueca de terror. Una violenta arcada le revolvió los intestinos, pero no podía apartar la vista de la espantosa forma que le tenía inmovilizado.

La petrificada figura parecía mirar a Shelby con odio sin igual.

Los perros estaban ya cerca, ladrando frenéticamente. Voces humanas gritaban palabras ininteligibles.

Mirando aún el horrible rostro del Dios del Hielo, Arthur Shelby gimió, lanzó un alarido y luego se derrumbó inconsciente sobre la nieve.

CAPÍTULO 2

E

L fornido caballero francés, que daba bocanadas a su vacía pipa a compás con el monótono zumbido de los motores del avión, cerró el pequeño libro.

—Es una espléndida narración, ¿sabe? Gracias de nuevo por permitirme leerla. Me ha ayudado a pasar unas cuantas horas.

Sonrió.

Sentado junto a él estaba un hombre considerablemente más joven, que no pasaría de los treinta años, de enérgicas facciones y firme mandíbula.

El joven miró por la ventanilla, cuya cortina había bajado hasta la mitad para proteger los ojos del cegador brillo del sol.

—Nunca creí que el Ártico fuese tan... desnudo, tan desolado.

Su fornido compañero de asiento dio una nueva bocanada a su apagada pipa.

—Oiga, si no le importa que se lo pregunte, y solo por charlar, ¿qué le trae por aquí? ¿Trabajo?

El joven apartó la vista de la ventanilla, hizo una pausa y parpadeó varias veces.

—El motivo de que me encuentre aquí se refiere a la novela que acaba usted de leer.

El hombre enarcó las cejas.

—¿«Frankenstein»? ¿Una trasnochada narración de horror le ha traído hasta las heladas soledades del Polo Norte?

Por un momento, el joven pasajero frunció el ceño, y luego sonrió.

—Sí, «Frankenstein, o el moderno Prometeo», escrito por una adolescente, Mary Wollstonecraft Shelley, en 1818. Por eso estoy aquí.

Las bocanadas a la pipa eran más ruidosas que nunca. El mayor de los dos hombres carraspeó, se frotó la bronceada barbilla y miró fijamente el libro que el otro sostenía, casi como una Biblia, entre los dedos.

—Perdone si le parezco entrometido... pero... ¿pretende usted decirme que una historia escrita hace como ciento cincuenta años le ha hecho adentrarse en esta desolación? Ahora no me deje usted en suspenso. ¡Dígame por qué! Si no, esta noche no podré dormir.

El otro sonrió, e hizo un ademán de asentimiento con la mano.

—Muy bien, se lo diré... Aún nos quedan unos minutos hasta el aterrizaje. No va a creer ni una de mis palabras, pero en fin... Se lo diré. Pero, antes, yo me llamo Gary Lester. El doctor Gary Lester.

Sonriendo ampliamente, el francés replicó:

—Encantado de conocerle, doctor Lester.

—Tuteémonos.

—Muy bien, Gary. Yo soy Jean Guerin. Trabajo para una compañía maderera de Alaska. Ahora estoy de vacaciones, más o menos. Voy a visitar a unos viejos amigos en una central de comunicaciones del Polo. ¡Menudas vacaciones!

Por primera vez se quitó de la boca la vacía pipa.

—Encantado de conocerte, Jean.

—Dime, Gary... ¿qué clase de doctor eres? ¿Médico?

—Biólogo. Ese es uno de los motivos de mi interés en la narración de Frankenstein.

Guerin tosió unos momentos e interrumpió la conversación.

Su cordial expresión anterior se trocó en otra de profundo desconcierto.

—Un momento, Gary. Me ha llamado la atención tu forma de expresarte. Has dicho la narración de Frankenstein... no la novela de Frankenstein, ni siquiera la leyenda, o cualquier otra cosa. No pretenderás decirme que... crees que la historia de Mary Shelley es...

—¿Real?

—Dame tu opinión.

—Sí.

—Pero...

—Ahora no te me anticipes, Jean. Te lo explicaré todo sobre la marcha. Gary encendió un cigarrillo.

Luego dio comienzo a su apasionante narración...

—Para empezar, te diré que mi familia ha estado siempre en muy buena posición. Llevamos así varias generaciones. Por eso, cuando hace años murió mi padre mientras yo estaba aún estudiando biología en la universidad, heredé toda la fortuna. De este modo me encontré con el suficiente dinero como para dedicar muchísimo tiempo a mis distracciones favoritas. Por una u otra razón, supongo que influyó el hecho de que fuera un biólogo de vocación, me sentí cada vez más fascinado por el libro de Frankenstein, hasta el punto... ¡que llegué a plantearme la duda de si se trataba de algo de veras posible! Me pregunté a mí mismo si podía un científico formar realmente un cuerpo humano con distintas partes de varios cadáveres, y dotar de vida al resultado. ¡Tenía que averiguarlo! Y algo en mi interior, llámalo intuición si quieres, me dijo que era posible y que, es más, había sucedido hace siglo y medio.

Los ojos de Jean Guerin pestañeaban a cada frase. En un rápido

movimiento, la pipa volvió a su boca; y con ella volvieron los ruidos de constante aspirar en vacío.

El doctor continuó:

—Así que decidí asegurarme por mí mismo. Como disponía de dinero, volé a Europa y visité Ingoldstadt.

—¿Ingoldstadt? ¿Te refieres al lugar que cita el libro?

—Sí. Ingoldstadt, en Suiza, a poca distancia de Ginebra.

Según la novela, fue en Ingoldstadt donde Víctor Frankenstein creó el monstruo que ahora lleva su nombre.

—La gente se refiere al monstruo llamándolo simplemente Frankenstein, ¿no es así?

—En efecto. El caso es que llegué a Ingoldstadt. Era una pequeña población, motivo por el cual supuse que resultaría fácil localizar un nombre tan desusado como el de Frankenstein.

—¿Y bien?

—Víctor Frankenstein, su monstruo y el nombre de la población, Ingoldstadt, solo están unidos en la narración de Mary Shelley...

La decepción se pintó en el rostro de Guerin.

—Ya...

—Lo que no quiere decir que dicho relato no tenga una base real.

—Está bien. Sigue.

—Después de muchas entrevistas y de consultar documentos y más documentos de la época, mis investigaciones me llevaron a otro pueblecito llamado Kandersteg. En él existe un castillo deshabitado al cual se le conoce como castillo de Korngold, y en él habitó un extraño hombre que se hacía llamar profesor Skruda.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con Frankenstein?

—¿Es que no lo entiendes? Esta es la base real de la narración de Mary Shelley. En estos elementos reales se basó ella para escribir su obra.

—Entonces...

—Déjame que te explique. Llegué, como te digo, a Kandersteg. El nombre de Skruda era tabú, en efecto. Comprendí que preguntando por él a los aldeanos no llegaría a ninguna parte, así que me fui directamente a la oficina del burgomaestre, un tipo pintoresco llamado Richter...

El burgomaestre Richter me recibió con fría amabilidad y con hosca expresión me dijo:

—Sí, en tiempo vivió aquí un hombre llamado Skruda. Pero nunca mencionamos su blasfemo nombre.

—¿Le importa hablarme de ello?

—Usted es americano, doctor Lester. Por eso supongo que no está familiarizado con la historia de Skruda. Quizá resulte preferible que se marche a su país y olvide este asunto.

—¡Marcharme! He venido hasta aquí en busca de respuestas. No hago nada malo, ¿no? No infrinjo ninguna ley.

—No, supongo que no. Pero no es justo que nadie intente hurgar en los secretos de Skruda, que nosotros hemos intentado mantener ocultos durante todos estos años. Pero supongo que le puedo decir lo que todo el mundo sabe ya en Kandersteg. Lo de la leyenda. Según parece, hace mucho tiempo un científico llamado Skruda creó un monstruo en esta ciudad. Nadie sabe a ciencia cierta cómo lo hizo. Pero existe la común creencia de que aquella criatura fue un producto de ultratumba.

Se me iluminó el rostro.

Aquello era lo que yo había ansiado oír.

—Skruda, al menos eso dice todo el mundo, había comprado un viejo castillo de tiempos medievales, que le servía de hogar y de laboratorio. Cierta día el mismísimo diablo trabajó junto a él mientras el joven estudiante de medicina efectuaba su impía labor. Según la leyenda, aquella noche el viejo castillo bulló de extrañas luces y escalofrantes sonidos. Fue entonces cuando el monstruo sin alma cobró vida. Pero de eso hace más de un siglo. Nadie puede saber con certeza lo que realmente ocurrió.

Noté que la ansiedad se posesionaba de todo mi cuerpo.

—Pero ese castillo... el castillo en el que, según se dice, creó ese... ese monstruo, ¿qué ha sido de él?

—¿Existe aún?

—¿Dónde?

—Es el castillo de Korngold. Continúa en pie, sí. En lo alto de la montaña, sobre el río, en las afueras de la población. Nadie se acerca a él salvo que sea imprescindible. Es a causa de la leyenda. Nadie lo quiere. El gobierno se apropió de él hace muchísimos años, y desde entonces nadie lo ha querido comprar. Ni siquiera la policía entró en él cuando tomaron posesión del edificio. Hay quién dice que el monstruo aún merodea por ese infernal castillo. Yo no lo sé a ciencia cierta, pero una cosa sí le diré: no me atrevería a ir a ese sitio de noche, por todo el oro del mundo.

Una idea me bullía en la cabeza, algo que Richter había dicho.

Quise asegurarme.

—Ha mencionado usted el hecho de que nadie ha querido comprar nunca el viejo castillo de Korngold...

—Sí.

—¿Significa eso... que alguien podría comprarlo aún?

—Naturalmente.

—¿Cuánto?

El burgomaestre citó una cifra ridículamente baja para mí, tras lo cual yo, inmediatamente, abrí la cartera, saqué el dinero requerido y se lo entregué.

—Ahora, ¿puede darme mi título de propiedad?

A los pocos minutos, Richter, suspicazmente, me hizo propietario legal del castillo de Korngold.

Cuando salí de la oficina con los documentos firmados, camino de mi meta, no dejaba de repetirme:

—¡El castillo maldito!

* * *

Jean Guerin rebosaba interés.

El hecho de que creyera o no la historia relatada por el doctor Gary Lester carecía de importancia en aquellos momentos.

Lo que contaba era solo el exotismo del relato, que había cautivado su mente, librándole del tedio del viaje.

—Me tienes auténticamente sobre ascuas. No te interrumpo ahora.

—No te preocupes. Encontré el castillo de Korngold en el lugar que me había indicado el viejo Richter. Era un edificio gótico, antiguo, maltrecho y oscuro. Recortada contra la gran luna llena, parecía una imagen de una película de horror. La atmósfera era también siniestra, casi demasiado perfecta para ser real. Me pareció que toda la estructura estaba impregnada de la esencia del Mal. Había ido allí esperando encontrar el típico castillo del científico loco en lo alto de un monte. ¡Y eso fue precisamente lo que encontré! Era una visión increíblemente fascinante... y grotescamente bella. ¡Y era de mi propiedad!

—¿Y qué pasó luego? Entrarías en el castillo, claro.

Gary asintió con la cabeza y aplastó el cigarro en el cenicero.

—La puerta no se había abierto desde que Skruda abandonó el edificio, y se encontraba en un poco atrancada. No creo que nadie hubiera tenido nunca el valor de abrirla. Tuve que empujar y forcejear no poco. Pero tras unos cuantos esfuerzos, la vieja puerta se abrió. Resultaba apasionante pensar que yo era la primera persona que ponía su pie dentro del castillo desde hacía más de ciento cincuenta años.

—Sigue.

—Dentro, reinaban las tinieblas. La única luz procedía de las abiertas ventanas, por las que se filtraban los rayos lunares. El lugar estaba muy revuelto; resultaba evidente que, como amo de casa, Skruda no fue gran cosa. Y los años que siguieron, con lluvia, polvo, tierra, erosión y todo lo demás, dejaron el castillo en su destartalada condición. Todo el interior olía a rancio y a humedad, como la hedionda corriente de aire que se produce al abrir una tumba. Pero en realidad, los olores no importaban. Aquel era el castillo de Korngold. Y para mí, eso era lo único que contaba.

El interés de Guerin iba en aumento.

—¡El laboratorio! Cuenta. ¿Encontraste el laboratorio donde se fabricó el monstruo? ¿O planos? ¿Notas? ¿Un diario? ¿O...?

—Calma, Jean. A eso iba precisamente.

—Cuenta.

—Encontré el laboratorio, en efecto. Estaba en la enorme sala principal del castillo. ¡Y qué laboratorio! Si bien no era tan completo y lleno de artilugios como los que aparecen siempre en las viejas películas de Frankenstein de los años treinta y cuarenta, resultaba una auténtica maravilla científica, incluso comparándolo con los niveles actuales. Al principio me costó hacerme a la idea de que aquello fue utilizado hacía siglo y medio. Gran parte del equipo estaba deteriorado, corroído, o ambas cosas. Un enorme motor se encontraba en un estado que lo hacía irrecuperable. El lugar estaba lleno de óxido, suciedad y telarañas. Pero tuve la certeza de que, mediante mis modernas técnicas y herramientas, combinadas con las de Skruda, no me sería difícil poner de nuevo el laboratorio en eficaz funcionamiento. Es decir, sí...

—Si encontrabas el cuerpo del monstruo, ¿no?

—De nuevo aciertas, Jean. Por la misma trama argumental de la novela, sabía que el monstruo ya no se encontraba en Kandersteg. Si el libro era cierto, y, a juzgar por la forma en que todo iba encajando hasta entonces, parecía serlo, el monstruo había salido de Europa. Pero vuelvo a anticiparme.

—Sigue, sigue...

—En el centro del laboratorio había una gran mesa de madera, con electrodos y grandes correas de cuero que indicaban que allí había estado sujeto un hombre de casi dos metros y medio de estatura. Según la novela, eso medía la criatura.

—¡Sí! ¡Sí!

Gary carraspeó.

—En un rincón del laboratorio había una destartalada librería. Entre otros escritos, descubrí un auténtico tesoro científico y literario. Allí estaban las notas del profesor Skruda, escritas de su puño y letra en un gran diario encuadernado en piel, revelando paso a paso el proceso por el que creó su hombre artificial. Contaba la forma en que robó los cuerpos del cementerio de una iglesia próxima, de los patíbulos, depósitos de cadáveres y demás. Describía sus dos años de trabajo en aquel mismo castillo, montando el gigante que sería el hombre perfecto, y narraba cómo era noche de noviembre, aprovechando las fuerzas eléctricas de la naturaleza, confirió vida a aquel cuerpo inerte. Todo estaba allí.

Guerin no pestañeó ni una vez.

—¿Qué más?

—Luego comencé a encajar las restantes piezas de aquel rompecabezas.

Saqué de mi maletín un ejemplar del «Frankenstein» de Mary Shelley y advertí de nuevo que la historia la narraba el propio Víctor Frankenstein, es decir, Skruda, al capitán del barco que lo recogió; el barco en el que Frankenstein murió a causa de la fiebre y del frío. Frankenstein perseguía a su monstruo, que había matado a Elizabeth, su novia, a causa del intento de Víctor de crear una compañera femenina para la criatura. La persecución discurrió por Rusia, a través del Mediterráneo, y finalmente por el Ártico. El capitán que encontró a Skruda y logró ver el monstruo, se llamaba Robert Walton. Fue a Walton a quién Skruda le contó su historia. El final de la novela lo escribió Walton. Deduje que el capitán anotó la narración de Skruda mientras hablaba el moribundo. Existía, por tanto, datos reales. Y tras concluir la historia basándose en sus propios conocimientos, Walton entregó sus notas a Mary Shelley para que les diese forma literaria. Ella, captando las increíbles ideas implícitas en las notas, noveló el escrito de Walton dándole otros nombres... Su novela, o narración, se ha convertido en un clásico. Pero lo más importante es que ya he demostrado que todo es cierto. Y ahora voy camino de la última fase de mi aventura.

De nuevo se enrojeció el mofletudo rostro de Jean Guerin.

—¿Quieres decir...?

—Sí; voy a encontrar y a resucitar al monstruo de Skruda.

—Pero eso del monstruo... Quiero decir que, ¿cómo vas a saber exactamente dónde buscarlo?

—Según Walton, recogieron a Skruda en el Ártico. El monstruo se deslizó al borde del barco para ver a su creador por última vez, fue descubierto y huyó para encontrar la soledad en un trozo de hielo flotante. Sin embargo, se suponía que el monstruo era indestructible. Según las notas de Skruda, solo la destrucción física lo puede matar. En tal caso, el monstruo continúa aquí, congelado en algún lugar del Polo Norte.

La expresión de Guerin era de escepticismo.

—Pero, suponiendo que todo eso sea cierto, ¿cómo esperas encontrar al monstruo, Gary? El Ártico es muy grande.

El biólogo encendió otro cigarrillo.

—No creerás que he llegado hasta aquí sin estar preparado para eso. Los esquimales del sitio donde me dirijo cuentan una leyenda de un gigantesco Dios del Hielo que les observa desde una sólida pared helada. Es un dios tan horrible que nadie se atreve a acercarse lo suficiente para examinarlo en detalle. Un dios que está allí desde tiempos inmemoriales. ¡Un dios que, según creo, es ni más ni menos que el auténtico monstruo del profesor Skruda...!

CAPÍTULO 3

E

El lugar se llamaba Chukots...

La pequeña aldea parecía el decorado de una película del Oeste. Los caballos y carros sustituían a los automóviles en las calles cubiertas de nieve.

Había algunos edificios comerciales, incluido un almacén en que se vendía de todo: desde comida a ropas o a cualquier otra cosa. La trasera del almacén tenía una función doble y hasta cuádruple: servía como oficina de ensayos donde arruinados buscadores de oro continuaban llevando sus rocas con amarillentas manchas tras años de búsqueda; como puesto de canje peletero donde se comerciaba casi exclusivamente con pieles de lobo; y como centro de varios negocios mundanos...

Estaba también la compañía de transportes «Alaska», donde un cliente podía hacer que le embalsasen, transportasen o fletasen cualquier cosa.

Y el centro médico de la ciudad, con sus instalaciones reducidas pero eficaces; farmacia, pocos doctores, menos enfermeras, y los pacientes esquimales.

Gary Lester y Jean Guerin caminaban apresuradamente hacia la compañía de transportes «Alaska».

—¿No puedes andar más despacio, Gary?

—Lo siento, Jean. Pero quiero llegar a la compañía de transportes lo antes posible. No puedes imaginar lo ansioso que estoy por emprender mi expedición.

—Me lo imagino. Pero... ¿estás seguro de que no te importa que te acompañe? Bueno, no quisiera entrometerme en tus asuntos...

Gary se echó a reír.

—Claro que no me importa que me acompañes a contratar a mí expedición.

—No me refería a eso. Quiero ir contigo a buscar a ese monstruo...

Los ojos del doctor refulgieron.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—¡Espléndido! No había entendido lo que querías decir, pero me

encantará que me acompañes. En esta expedición necesitaré ayuda, ya lo sabes. Y además, me gustará poder hablar con alguien que no sea ni un esquimal ni un oso polar.

—Además, por lo que has comentado sobre los supersticiosos nativos, no creo que estén dispuestos a acompañarte en tu expedición al lugar donde se encuentra su famoso Dios del Hielo. Yo seré tu compañero de expedición.

—Pero, Jean... ¿estás seguro de que puedes disponer de todo ese tiempo?

—Claro que sí. Aún me quedan muchos días de vacaciones. Además, me tienes tan interesado con todo ese increíble asunto de Skruda y su monstruo, que para no acompañarte tendría que estar o loco o muerto. No creo ni una palabra de lo que dices... aunque... quién sabe...

—Entonces... ¡bien venido a bordo!

Cambiaron un apretón de manos.

Luego siguieron hacia el edificio con aspecto de almacén.

«Compañía de Transportes Alaska».

Estacionados junto a la estructura se encontraban un par de camiones y varios trineos de perros.

Pasaron al interior del local y avanzaron hacia el mostrador, dejando cuatro rastros de nieve que se deshicieron rápidamente, debido al calor que reinaba dentro de la tienda.

Gary hizo sonar el timbre.

Al fondo de la sala se abrió una puerta y apareció un hombre de rostro terroso, que se acercó a ellos.

—¿En qué puedo servirles, señores?

—Quiero hablar con el señor Bigelow, el dueño.

—Yo soy Dan Bigelow.

Gary miró con fijeza el terroso rostro.

—Me llamo Lester. Doctor Gary Lester. Le escribí hace un mes para que me reservase un trineo de perros y un camión. Espero que me recuerde.

—Desde luego, doctor Lester. Lo tiene todo listo, como deseaba. Pero, dígame... ¿por qué un trineo y un camión? ¿Por qué no una cosa u otra?

—Muy sencillo, señor Bigelow. Quiero ir a una región por la que sería imposible avanzar con un camión. Pero voy en busca de algo demasiado grande para llevarlo todo el trayecto en trineo.

—Entonces... ¿qué método empleará?

—Iremos en camión hasta donde podamos, con el trineo dentro. Cuando no podamos seguir avanzando, sacaremos el trineo y los perros, seguiremos así hasta nuestra meta, recogeremos lo que vamos a buscar, lo transportaremos hasta el camión y continuaremos el regreso en él. Muy sencillo, ¿verdad?

Enarcó las cejas.

—Sí, claro; pero hay una cosa... Algo que he tenido ganas de saber desde que recibí su carta el mes pasado.

—Dígame.

—¿Qué es eso que está tan lejos y es tan grande y que usted intenta encontrar?

—Está intrigado, ¿eh?

—Bueno, yo...

—Se lo diré. Se trata del sagrado Dios del Hielo de los esquimales.

—¡No!

—¿Cómo dice?

Bigelow tragó saliva.

—¡El Dios del Hielo! Pero... no puede hablar en serio, doctor. No creerá realmente que... Bueno, quiero decir... En fin, todos los fanáticos nativos de por aquí creen aún en el viejo mito de la sagrada tumba del Dios del Hielo, pero ningún hombre blanco en sus cabales...

—¿Quiere decir que es un disparate?

—Bueno... sinceramente... sí...

—Lo que usted piense no hace al caso, señor Bigelow. Recibirá un buen montón de dinero por la pequeña expedición que voy a emprender.

—Supongo que tiene usted razón, doctor. El dinero es el dinero, y si usted quiere derrocharlo, eso es asunto suyo.

—Quizá no lo derroche. Para averiguarlo, tendremos que esperar.

Bigelow meditó unos segundos.

—Doctor...

—Dígame.

—Hay en nuestro hospital un individuo que dice que estuvo allí, en ese lugar prohibido de que usted habla. Dijo algo sobre un monstruo o un demonio metido en un bloque de hielo.

—¿Está seguro?

—Naturalmente, el fulano está como una cabra. Completamente chiflado. Y borracho como una cuba, ni más ni menos. Majareta perdido, eso es lo que está el tipo.

—¿Es un nativo?

—No, es un europeo. En realidad, lo encontré yo. Iba conduciendo mi camión, y, cuando acababa de recoger un cargamento de pieles, le vi tirado en la nieve. Estaba casi congelado. Y farfullaba que había visto una cosa horrible en la nieve. No dejaba de señalar hacia el territorio de la sagrada tumba, así que supe que no podía tratarse más que del llamado Dios del Hielo. La zona tabú no estaba lejos de donde lo encontré. Y el tipo apestaba a *whisky* a cien kilómetros.

—¿Qué más?

—El tipo estaba hecho casi un carámbano. Y sin embargo, a su alrededor había huellas de pies humanos. No nevaba desde hacía horas, por eso no estaban cubiertas. Y se encontraban heladas, además, como si llevaran allí bastante tiempo. También había rastros de un trineo. Lo que no entiendo es cómo, quienquiera que estuviese por allí, no recogió al tipo.

—Si vio al Dios del Hielo, no sería donde usted lo encontró. Es posible que lo llevaran allí y lo dejaran tirado. Probablemente lo hicieron esos nativos tan supersticiosos.

—Más o menos, eso supuse yo, doctor. El tipo ese estaba en la zona prohibida. Los esquimales lo atraparon y luego lo dejaron abandonado. Quizá fuese su modo de castigarlo por entrar en su lugar sagrado. Naturalmente, eso sigue sin convencerme de que viese al Dios del Hielo. Un borracho a punto de morir de frío ve casi cualquier cosa. Vamos, digo yo.

Guerin, que había estado silencioso durante todo el rato, preguntó:

—¿Y dice usted que ese hombre está ahora en el hospital?

—Exactamente, señor. En el centro médico.

El científico minó de nuevo a Bigelow.

—Prepárelo todo. Saldremos mañana a primera hora. Vamos, Jean.

Gary y su amigo salieron rápidamente del local, camino del centro médico.

Bigelow salió a la puerta de su establecimiento.

—¡Doctor Lester! ¡Ese tipo está chiflado!

* * *

Un médico de mediana edad recibió a los dos amigos.

—Claro que pueden ver al paciente. Está reponiéndose muy bien, pero no tomen demasiado en serio lo que les diga. Cuando llegó estaba en pleno delirio y apestaba a alcohol. Eso probablemente le salvó la vida, porque tenía todos los motivos del mundo para estar muerto.

—¿Y cómo se encuentra ahora?

—Físicamente, bien... Tendrá que pasar algún tiempo en cama. Sufre de congelación en las piernas.

La posibilidad de un tercer miembro de la expedición fue abandonada inmediatamente.

—¿Puede acompañarnos a su habitación?

Era una habitación limpia, brillantemente iluminada por una ventana con la persiana subida. Un paciente reposaba en la cama. Los ojos del enfermo miraron a los dos recién llegados, que se aproximaban a su lecho.

El médico se acercó al paciente.

—Tiene usted visita, señor Shelby. Estos caballeros quieren hablarle

del monstruo.

¡El monstruo!

El demonio que vive en el hielo, hierático, como una vengativa deidad esperando solo ser liberada...

¡El monstruo!

Las palabras resonaron en el cerebro de Shelby como una inmensa campana.

Más gente llegaba a reírse de él, a convertirle en un bobo, en un payaso... ¡Más espectadores para presenciar el espectáculo!

—¡No! ¡Basta ya! ¡Estoy harto! ¡No quiero ser el hazmerreír de nadie! ¡Largo de aquí!

—Cálmese, cálmese...

Gary intervino:

—No entiende usted, señor Shelby.

—¡Claro que entiendo! ¡Entiendo perfectamente! ¡Quieren burlarse de mí, como todo el mundo! ¡Reírse a mí costa!

—No, no vamos a reírnos de usted.

—Entonces, ¿a qué han venido?

—Me encuentro aquí porque... le creo.

—¿Me cree?

—Sí.

—¿No creen que estoy loco?

Gary se volvió hacia el médico.

—¿Le importa dejarnos solos con el señor Shelby unos momentos? Creo que eso nos facilitará las cosas. Así podremos hablar más libremente.

—Muy bien, pero no se queden demasiado rato.

El doctor salió del cuarto y Guerin cerró silenciosamente la puerta tras él.

Gary se inclinó sobre la cama y miró fijamente el rostro del enfermo.

—Tengo entendido que vio usted al fabuloso Dios del Hielo esquimal, señor Shelby.

—¡De Dios del Hielo, nada! ¡Era un demonio! ¡O un monstruo!

—Entonces... le agradecería mucho que describiera a ese... demonio o monstruo.

—Bueno, esa criatura o monstruo o lo que fuese, era grande, inmenso. Un gigante. Medía lo menos dos metros y medio. Pero su rostro... ¡era monstruoso... horrible...!

—¿A qué se refiere? ¿Lo puede describir? ¿Cómo era?

—¡Horrendo! ¡Simplemente horrendo! Los brazos parecían desproporcionadamente grandes con relación al cuerpo. Le rebasaban las mangas de la chaqueta, rotas por los codos. Y las manos, inmensas...

—¿Y la cara?

—Eso era lo peor. En primer lugar, la piel era como la muerte misma. Era... color amarillo pálido, casi blanco. Y el pelo, negro y largo.

—Encaja.

—La cabeza parecía como cuadrada, y el rostro estaba lleno de horribles costurones, o cicatrices. Y luego, aquellos dos tornillos, uno en cada sien. Al menos a mí me parecieron tornillos. Pero estoy seguro de que eran algo hecho por el nombre... eran metálicos. Solo vi aquel monstruo unos segundos antes de perder el conocimiento. Pero fue suficiente para tener una imagen mental permanente de... esa cara. Y algo puedo decirles: no tengo ni idea de lo que era, ¡pero no era ningún dios!

Guerin, que de nuevo había conseguido permanecer en silencio, no pudo contenerse más y preguntó:

—¿Nos puede decir dónde encontró esa criatura?

—Sí. Es muy sencillo. Mi avión continúa allí, a no ser que los nativos lo hayan sacado, lo cual dudo. En él solo había una portezuela abierta. Salí por ella y caminé en línea recta... hasta que tropecé con un gran bloque de hielo y nieve. Allí estaba el monstruo, congelado en un bloque de hielo casi tan transparente como el cristal. Si siguen mis indicaciones, tienen que encontrarle.

—¿Dónde está su avión?

—Pues creo que está más o menos... desde aquí... Bueno, cerca del sitio ese de la sagrada tumba, de cuya existencia me he enterado hace poco. Cualquiera de por aquí podrá decirles exactamente dónde es. Y el avión es de buen tamaño. No les costará encontrarlo.

—Muchas gracias, señor Shelby.

Luego los dos hombres salieron como disparados del cuarto del hospital.

—¡Eh, un momento!

Pero Gary Lester y Jean Guerin no le oyeron.

Se encontraban ya en la calle, planeando la expedición que les llevaría al congelado cuerpo de la gigantesca criatura.

CAPÍTULO 4

E

RA de noche.

Al menos, eso decían los relojes.

Pero el sol continuaba brillando sobre aquel helado lugar donde los días y las noches duraban meses.

El gran camión, que parecía un tanque de la II Guerra Mundial, avanzaba pesadamente por la nevada carretera. En sus costados, unos letreros anunciaban: «Compañía de Transportes Alaska».

La cabina del camión estaba ocupada por tres hombres. Uno de ellos, el conductor, tenía el rostro curtido, surcado por profundas arrugas y poblado de hirsuta barba. Junto a él se sentaba el joven biólogo. Y junto a la otra ventanilla estaba acomodado el rechoncho francés. Mientras que tras la cabina, bajo el techo de lona, los perros ladraban ansiosamente.

El paisaje seguía siendo de gélida blancura mientras las gruesas ruedas del camión de transporte avanzaban por el camino.

Los perros seguían ladrando.

Y el viento ululaba.

El tiempo fue transcurriendo. El punzante frío penetraba en la cabina del vehículo sin que la calefacción sirviese de gran cosa.

El camión era el único vehículo de la zona, y tampoco se veía gente, ni siquiera esquimales. Solo kilómetros y kilómetros de resplandeciente blancura, con bancos nevados que parecían grandes montañas albinas.

Como un insignificante juguete, el camión avanzaba trabajosamente a través de aquellos montes de hielo y nieve.

El conductor se aclaró la garganta y aplicó la bota al pedal de freno. El mastodonte mecánico se detuvo tras un ligero patinazo sobre el resbaladizo camino.

—Hasta aquí puede llegar el camión.

—Para eso están los perros y los trineos.

—Y por el ruido que meten, diría que están hartos de ir ahí dentro. Les alegrará salir y ponerse en marcha.

—Entonces, soltémosles. Espere aquí con el camión hasta que volvamos con nuestra... mercancía. No creo que tardemos mucho.

El conductor asintió con la cabeza.

Guerin abrió la portezuela del camión y salió, seguido de Gary.

Fueron hasta la trasera del vehículo, dejando profundas huellas en la nieve. Guerin entregó a su compañero raquetas de nieve, y al cabo de un momento ambos volvieron a caminar torpemente.

Gary enganchó el tiro de perros. Era difícil conseguir que los animales se estuviesen quietos, ya que estaban ansiosos de ponerse en marcha.

El equipo incluía hachas, piolets, garfios, palas y herramientas variadas, todo lo cual fue cargado en el trineo. Luego se montaron en sus banquetas, el francés hizo restallar el látigo y los perros iniciaron su carrera.

El viento continuaba ululando, y Gary y Guerin parecían ser los únicos humanos del contorno.

Gary iba recordando las indicaciones dadas por Shelby, que debían conducirles al avión estrellado y al congelado horror. Guerin conducía siguiendo las orientaciones que le gritaba el biólogo.

De pronto, Gary reaccionó casi violentamente.

—¡Ahí está! ¡El aparato de Shelby!

Señalaba un gran avión cubierto de nieve que parecía un enorme ataúd metálico.

El francés hizo girar el trineo en la dirección indicada. Luego, sus ojos escrutaron cada centímetro del paisaje, buscando algo que rompiese la blancura.

Gary gritó:

—¡Allí! ¡Mira hacia allí!

Guerin obedeció.

¡Y lo vio!

¡Vio el bulto!

¡El lugar donde la nieve estaba oscurecida!

—¡Ahí dentro hay algo, Jean! ¡Mira! ¡En el interior de eso hay algo!

El francés detuvo el trineo. Los perros se habían ganado un descanso, pero continuaron ladrando, como si estuviesen atemorizados.

Atemorizados...

Sí.

Gary y Guerin se lanzaron hacia el bloque de hielo en forma de altar que se alzaba ante ellos.

Había nevado desde que Shelby estuviera allí, lo cual velaba más aún la cosa que había bajo el hielo. Los exploradores rascaron frenéticamente la capa de nieve que les impedía la visión.

Luego retrocedieron.

Respirando entrecortadamente.

Con los corazones batiéndoles a velocidad inaudita.

¡El Dios del Hielo!

¡Lo habían encontrado!

Gary, escrutando lo que había en el interior del hielo, exclamó:

—¡El monstruo del profesor Skruda!

—Tenías razón, Gary... Tenías razón en todo...

—Vamos, amigo. Vamos a picar lo que podamos y llevémoslo envuelto en hielo.

—¿Por qué? ¿Por qué no lo deshemos aquí y ahora mismo?

—Porque no nos interesa que reviva. Quiero esperar hasta haber tomado suficientes precauciones antes de resucitarlo. Recuerda, Jean. Este es un ser inmortal. Skruda lo creó con el don de la vida eterna. Y aunque lleva congelado aquí siglo y medio, continúa vivo, en animación suspendida.

—Entonces, ¿para qué tanto equipo de laboratorio, si solo necesitas deshelo?

—Por varios motivos. De revivirlo ahora, sería muy débil, comparado con la fortaleza física que mis aparatos le podría conferir. Pero incluso en ese estado de debilidad, aquí constituiría un problema para nosotros. ¿Quién sabe? Quizá ni siquiera reviviese si lo deshélásemos. Pero es mejor no correr riesgos. Y de todas maneras, quiero repetir paso a paso la experiencia de Skruda en el castillo, para que el monstruo resulte en las mismas condiciones.

—Bueno, ¿qué hacemos?

—Picar.

Como niños abriendo un gigantesco regalo de Navidad, Gary y Guerin, que ya no sentían el frío, picaron y trocearon el hielo, cuyas esquirlas y fragmentos saltaban en el aire en todas direcciones.

El monstruo estaba ya casi libre del excedente de hielo.

—¡Solo unos golpes más, Gary! ¡Ya está! ¡Hecho!

—Buen trabajo. Ahora llévalo arrastrando y sujétalo al trineo con los garfios de amarre. Yo te ayudo.

Guerin consiguió poner de costado el ataúd de hielo y fijar los garfios. La congelada criatura era ahora un vagón adicional al tren del trineo y los perros.

—¡Listo! ¡Ya está, Gary!

—Larguémonos cuanto antes de este infierno helado.

Guerin chasqueó el látigo con furia y dio el grito de marcha a los perros, que se pusieron en movimiento entre ladridos.

El roce del bloque de hielo contra la nieve, frenaba considerablemente el trineo. Pero Guerin consiguió sacar el máximo de energía a los animales.

Poco después, los dos hombres se encontraban a la vista del camión con techo de lona.

La rampa continuaba colocada contra la trasera del camión.

Cuando el trineo llegó junto al camión, Gary y su amigo francés saltaron al suelo y dedicaron todas sus energías a empujar el gélido sarcófago rampa arriba.

Guerin montó en la trasera del camión y tiró del bloque de hielo con los garfios. El conductor también aportó su energía, empujando el bloque hacia arriba.

Gary empujó el trineo al interior del vehículo y dejó que los perros ascendiesen por la rampa.

Luego, los tres hombres entraron en la cabina del camión.

El poderoso motor tronó. El camión dio media vuelta levantando una nube de gélidas partículas.

—Les hemos robado su ídolo a los esquimales, Gary.

—Eso parece.

—¿Qué crees que harán cuando se den cuenta?

—Mejor será que estemos muy lejos de aquí cuando eso ocurra, Jean.

El camión ganó velocidad, dejando atrás aquella desolación blanca.

* * *

Gary Lester, Jean Guerin y Dan Bigelow se encontraban sentados en la trastienda del local de este último, donde una chisporroteante chimenea esparcía un agradable calor. Los tres miraban un gran objeto situado en el centro del cuarto.

El objeto era un bloque de hielo de casi tres metros de largo.

El cálido aire procedente de la chimenea hacía que por la helada superficie resbalasen constantes gotas de agua. En derredor del bloque ya se había empezado a formar un charco.

En su interior se podía ver el contorno de una deforme criatura, similar a un hombre, pero con rasgos monstruosamente desfigurados. Parecía como si el monstruo estuviese fingiendo, esperando que el hielo se derritiera por completo.

¡Esperando para luego atacar!

—Simplemente, no puedo creerlo; no puedo creerlo. ¡Es asombroso! ¡El cadáver de un auténtico monstruo prefabricado!

—De cadáver, nada. Eso no es un cadáver. El monstruo que creó el profesor Skruda no puede morir, Jean.

—¿O sea, que...?

—En efecto. Lo que tienes ante ti quedó apresado en el hielo hace más de ciento cincuenta años. Ahora no se mueve, pero no por eso está muerto. Está tan vivo como tú y como yo. O puede que más.

—¡Ah, ya entiendo! En estado de hibernación.

—Así es, señor Bigelow. Cuando el hielo se derrita por completo, la

creación de Skruda vivirá de nuevo.

Bigelow parecía nerviosísimo.

—Pero... ¿no cree que eso es un poco peligroso? ¿Por qué quiere hacer eso... aquí? Quiero decir que... nos matará, ¿no?

Gary se echó a reír.

—No, no, amigo mío. No se preocupe por eso. No tengo ni la más leve intención de deshelar completamente al monstruo aquí.

—Bueno, pues entonces... ¿qué piensa hacer?

—Simplemente esto: en cuanto el hielo se derrita, aplicaremos esto a su cara.

Gary indicó una especie de mascarilla que sacó de un pequeño maletín que había junto a su equipaje.

—¿Qué es eso?

—En esta máscara hay suficiente cloroformo como para dormir a un elefante. Así que de este modo mantendremos inconsciente al monstruo. Luego dejaremos que se derrita el resto del hielo. Después de eso, lo meteremos en una caja llena de hielo seco. Entonces, cuando el efecto del cloroformo se desvanezca, el monstruo volverá a encontrarse en animación suspendida.

Bigelow, de todas maneras, no parecía demasiado cómodo observando cómo el hielo iba deshaciéndose, dejando al descubierto cada vez partes del monstruo.

—Bueno, espero... sobre todo por mí bien... que la cosa resulte.

—Es horrible.

La cara del ser era ya totalmente visible, sobresaliendo del hielo. Sus cadavéricas facciones resultaban alucinantes... ¡era una visión de pesadilla!

Al momento, Gary tomó la mascarilla de gas y la aplicó sobre el verdoso rostro, antes de que el monstruo tuviera oportunidad de revivir.

—¡Ya está! Quizá no hubiera podido salir completamente de la animación suspendida sin ayuda de estímulos eléctricos, pero así nos evitaremos preocupaciones. Sea cual sea su estado, no saldrá de su trance hasta que lo tenga a buen recaudo en mi laboratorio de Kandersteg.

Los tres hombres respiraban más tranquilos sabiendo que de momento el monstruo no volvería al mundo de los vivos.

Ahora podían ver perfectamente la macabra apariencia del monstruo creado por el genio de Skruda.

La piel amarillenta parecía no cubrir apenas las arterias, las venas, los músculos de la cara. La boca, entreabierta, dejaba ver la blanca y brillante dentadura, formando dos desiguales líneas tras los negros y rectilíneos labios. El largo y lacio cabello era también negro, y contrastaba macabramente con las cadavéricas órbitas oculares. Cruzando la frente de un lado a otro, y sellada mediante grapas metálicas, había una profunda

cicatriz.

—¡Se la hizo Skruda al colocarle el cerebro!

Luego el científico miró la cicatriz llena de costurones que rodeaba el cuello del monstruo, y que estaba manchada aún de sangre oscura.

—¡Y fijaos dónde le unió la cabeza!

La cicatriz y las grapas que le bajaban por la mejilla izquierda, desde debajo del ojo hasta la mandíbula, eran perceptibles.

—Mirad: aquí le pusieron carne de otro cuerpo en la cara.

De cada sien sobresalía un extraño fragmento plateado, similar a un tornillo o a un perno de remache.

—¿Veis esto? Shelby lo tomó por tornillos. Pero en realidad son electrodos a través de los cuales Skruda envió la corriente vivificadora al cerebro, a la columna vertebral y a los nervios. ¡Es maravilloso!

—Es horrible. Pero fascinante, supongo.

—Ahora viene lo del hielo seco. Ya lo he pedido y llegará de un momento a otro.

—¿Y después, qué?

Después... regresaré a Suiza con el monstruo. He alquilado todo un vagón de tren, de los que van con refrigeración, para que nos lleven a él y a mí hasta donde puede abordar un barco. Luego, zarparemos hacia Europa. He contratado un pequeño barco. Cuando lleguemos al continente, más vagones ferroviarios hasta que alcancemos Kandersteg. Mi secretaria nos esperará en la estación con una furgoneta.

Bigelow se rio por primera vez desde que el monstruo fue metido en su local.

—No cabe duda de que lo tenía usted todo planeado de antemano, ¿eh? Eso de ser rico debe de resultar estupendo.

—En efecto.

Guerin dijo:

—Bien, amigo mío... lamento no poderte acompañar. Pero ya sabes: mí trabajo...

—Sí, Jean. Pero ha sido magnífico que me acompañases en la expedición. De no ser por ti, no sé cómo me las hubiera arreglado.

En aquel momento se oyó como un camión se detenía frente a la empresa de transportes.

—Debe de ser la carga de hielo seco.

Gary corrió hacia la puerta. Pagó a uno de los hombres del camión, mientras el otro metía el recipiente lleno de hielo seco. Le indicó dónde dejar los humeantes terrones, y el hombre casi se desmayó al ver el monstruo.

Los empleados volvieron a su camión, con los ojos desorbitados, cuchicheando entre sí.

El joven científico ayudó a Bigelow a sellar la caja y meterla en un camión.

Guerin se unió a ellos en la cabina, y Bigelow condujo el vehículo hasta la estación ferroviaria.

El vagón refrigerado de Gary les aguardaba.

Rápida, pero cuidadosamente, la carga fue metida en el vagón. Gary, vestido adecuadamente para soportar el frío de la cámara frigorífica, se asomó a la puerta y estrechó la mano de Bigelow y luego la de Guerin.

Este río:

—Oye, Gary, ¿por qué te empeñas en ir en esa nevera?

—Quiero estar con el monstruo constantemente, Jean. Si le ocurriese algo... o sí... bueno, ya me entiendes.

—Sí, supongo que sí, Gary.

—Bueno, hasta la vista, Jean, señor Bigelow...

—Bueno suerte.

Bigelow se despidió con una inclinación de cabeza.

Gary estaba saludando con la mano cuando el empleado ferroviario se acercó y cerró la portezuela del vagón frigorífico.

Pasaron unos minutos y el tren se puso en marcha, alejándose de la gélida desolación del Ártico.

Por primera vez en muchos días, Gary se sentó y cayó dormido, totalmente tranquilo.

CAPÍTULO 5

E

El tenebroso castillo gótico que se recortaba como un pétreo espectro contra el azul cielo de Kandersteg constituía un elemento discordante con el moderno taxi detenido ante él.

Aún menos en ambiente resultaba la única pasajera del automóvil.

El taxista miró temeroso la tétrica estructura.

—¿Seguro que es aquí donde quiere que la deje, señorita? Este es el castillo de Korngold, no sé si lo sabe.

Ella pagó la carrera.

—Lo sé. Tome. V gracias por traerme.

El taxista, rascándose el escaso pelo, pensó que le disgustaba enormemente dejar a la hermosa joven allí.

Su pura belleza juvenil, pues la chica ni representaba más de veinte años, contrastaba marcadamente con el pavoroso castillo de Korngold.

Tras ayudar a su pasajera a bajar las maletas, el preocupado taxista se alejó del castillo, cruzó el puente sobre el río y volvió a la población, donde no tardarían en extenderse los rumores sobre una estupenda rubia que se encontraba sola en el temido castillo del Diablo.

La nube del escape del automóvil no tardó en disiparse por completo.

La muchacha se volvió a mirar, impresionada, la magnífica fortaleza que se alzaba frente a ella como un gigantesco monumento al terror.

El largo cabello rubio de la muchacha la caía en suave cascada casi hasta la esbelta cintura, meciéndose a cada ráfaga de viento.

No pudo por menos de advertir la presencia de unas enormes cajas de madera, marcadas «frágil», junto a la puerta principal. Unas etiquetas las identificaban como pertenecientes al doctor Gary Lester.

Dedujo que el equipo de su jefe ya estaba allí o al menos aquel era el primer envío, pagado anticipadamente por el rico patrón de la muchacha, el doctor Gary Lester.

Sería mejor dejar todo aquello allí hasta que el doctor llegase, se dijo, pasando junto a los enormes embalajes y avanzando hacia la entrada del edificio.

El portalón del castillo de Korngold era lo bastante sólido como para

detener a un ejército medieval. Se alzaba muy por encima de la bien torneada figura de la muchacha, y tenía varios cerrojos dispuestos sobre gruesas láminas de oxidado metal. Los maderos, en algunas partes, estaban podridos, rotos, o ambas cosas. La nueva cerradura, colocada a nivel de la cintura de la chica, constituía una nota anacrónica, nueva y reluciente. Era la cerradura que Gary había instalado en su recién adquirida mansión, recordó la joven.

La rubia muchacha registró su bolso en busca de la llave, que encontró tras revolver distintos objetos.

El corazón se le aceleró, y sintió un escalofrío, cuando metió la llave en la cerradura, la hizo girar y empujó la puerta, que se abrió con grandes chirridos.

—El castillo maldito...

Entró con paso trémulo en aquella mansión medieval cuya tétrica historia bien conocía.

Tras volver al exterior para recoger su equipaje, la bella joven entró de nuevo en el castillo.

Recordó que Gary le había dicho que conectase la electricidad.

No le costó encontrar el interruptor general, y la sala se iluminó, mostrando el polvo acumulado allí a lo largo del tiempo.

—¡Hombre tenía que ser! Esto está hecho un asco. Tendré que arreglar esta antigualla antes de que Gary regrese. ¿Cómo va a trabajar nadie entre tanta suciedad? Bueno, al menos no me aburriré...

* * *

Desde luego, la hermosa joven no se aburría.

Ruth Templar, secretaria, enfermera y ayudante general del doctor Gary Lester no tuvo tiempo de aburrirse.

No.

Ruth había conseguido mantenerse ocupadísima ordenando y limpiando la maltrecha construcción medieval que llevaba el ominoso nombre de castillo de Korngold. Por otro lado, había llegado el nuevo equipo del laboratorio, pagado anticipadamente por su patrón.

Ruth había recibido un telegrama de Gary, informándole de que iba camino de Kandersteg con el cuerpo del monstruo intacto.

Y ahora alguien golpeaba la puerta.

—¡Un momento!

Ruth se dirigió hasta la puerta y la abrió, produciéndose los ensordecedores chirridos a los que ya se había acostumbrado.

Un hombre grueso, con gran bigote de puntiagudas guías, apareció en el umbral. La expresión de su rostro era todo menos alegre. Y su atuendo era

el típico en las autoridades de las montañas suizas.

El hombre dirigió a Ruth una brusca inclinación de cabeza, al estilo militar, y luego miró fijamente el atractivo rostro de la muchacha.

—Me llamo Richter, señorita. Soy el burgomaestre de Kandersteg.

—Encantada, señor. ¿Y qué ha impulsado al burgomaestre a hacerme el honor de una visita?

El hombre se llevó una mano a la boca y tosió, aclarándose la garganta.

—No me traen motivos sociales, jovencita. Estoy aquí para hablar con el doctor Gary Lester.

—No está.

—¿No está? Pero las luces del castillo...

—He estado cuidándome de este sitio... Hasta que él vuelva del Polo Norte. Pero no tardará en regresar, señor burgomaestre. Acabo de recibir un telegrama suyo, y ya viene en camino. Soy Ruth Templar, su ayudante.

El burgomaestre Richter carraspeó de nuevo, intentando proyectar un aura de dignidad a su alrededor.

—Entonces, volveré cuando él regrese.

—¿Quiere dejar algún recado, por si no lo ve cuando llegue?

—Hum... ¡Ah, sí! Los aldeanos saben que están trayendo extraños aparatos de laboratorio a este lugar que ellos temen.

Señaló los grandes embalajes, cuyo contenido se indicaba en el exterior, situados ante la puerta.

—¡Ah! Se refiere a eso...

—Sí. Los aldeanos temen que... su doctor Lester pretenda repetir los viejos trucos de otro científico que en tiempos vivió y trabajó aquí, hace más de un siglo: el profesor Skruda.

Los jugosos labios de Ruth se curvaron en una coqueta sonrisa.

El burgomaestre siguió hablando con roca voz:

—No es que a mí me dé miedo de nada, ni que yo crea esas viejas historias. Es la gente. No me gusta que ande soliviantada. ¿Sabe lo que creen... sobre todo después de ver que han enviado aquí todo este equipo?

Ruth lo sabía.

—Crean que el doctor Lester es otro nuevo profesor Skruda. Y temen... ¡que el monstruo vuelva a resucitar!

* * *

A Gary Lester su viaje de regreso a Kandersteg le resultó todo menos aburrido, pese a que durante los largos kilómetros poco podía hacer aparte de pensar en el gran milagro científico que pronto estaría a su alcance.

De cuando en cuando, Gary releía pasajes del «Frankenstein» de Mary Shelley para comprobar y verificar hechos referentes al hombre artificial

que ahora reposaba rígidamente en la caja con forma de ataúd.

Gary exigió estar en todo momento junto al embalado ser, aunque eso significase estar a solas con la caja en la bodega de un avión de transporte, o en el interior de un barco de transporte, o en otro vagón ferroviario frigorífico, lo cual le obligaba a abrigarse con las ropas que llevó en las gélidas desolaciones del Ártico.

A Gary no parecía importarle en absoluto las incomodidades.

Tenía que permanecer junto a la inmortal criatura.

Sí.

Porque, si ahora le pasaba algo al monstruo, después de todo lo sucedido...

No, Gary no quería pensar siquiera en la posibilidad de una eventualidad tal. Se reconfortaba a sí mismo diciéndose que ya nada le ocurriría al monstruo.

* * *

A muchos kilómetros de distancia de Gary Lester, otro recién llegado estaba haciendo su aparición en la montañosa aldea de Kandersteg.

Un hombre con todo el aspecto de la Muerte.

Y su acompañante.

Los dos hombres iban en lo alto de una carreta de circo. Detrás de la vieja y traqueteante carreta iba un segundo remolque, similar al primero. Ambos medios de transporte iban pintados en lo que tal vez en tiempos fuesen brillantes colores, pero que ahora no eran más que pardos desvaídos, blanquecinos rojos, oscuros amarillos y ennegrecidos verdes.

A juzgar por su actual aspecto, las carretas habían visto mejores días.

De los dos hombres, el de mayor estatura y aspecto más brutal llevaba las riendas de los dos percherones negros.

—¿De veras crees que haremos algún dinero aquí en Kandersteg, Laszlo?

—Claro que sí, Boris.

El que acababa de hablar era un viejo con aspecto de cadáver: órbitas oculares ojerosas y enormes, y en medio dos penetrantes pupilas que miraban con hipnótica fijeza; cabello revuelto y pajizo, proyectándose en todas direcciones, como si hubiese explotado; rostro enjuto, de protuberantes pómulos y facciones sumidas y boca de pálidos labios y casi sin dientes, de labios violáceos y mortecinos.

—Pero, Laszlo... es que Kandersteg es un pueblo muy pequeño. No veo qué provecho podemos sacar aquí.

—¡Idiota! Esta es una aldea supersticiosa. Campesinos imbéciles y todo eso. De los que clavan estacas en el corazón de los cadáveres que creen

pueden revivir como vampiros. De los que ponen ristras de ajos en sus puertas por las noches para protegerse de los hombres-lobos. ¡Cretinos! ¡Patanes supersticiosos, del primero al último! Pagarán buen dinero para presenciar nuestro macabro espectáculo, para ver los objetos de su propio miedo. Para poder, quizá por primera vez en sus vidas, ser capaces de enfrentarse con los monstruosos seres que merodean por las noches.

El cadavérico viejo sonrió, y volvió la cabeza para echar un rápido vistazo al plateado letrero, pintado en grandes letras góticas.

«Cámara de los Horrores del Profesor Laszlo».

Podía leerse en los costados de las carretas.

—A ver si es verdad, Laszlo.

—Ya lo verás, Boris.

Si el viejo era ya toda una visión de pesadilla, Boris, el bruto, no era menos estremecedor. Llevaba el rubio pelo muy corto y descuidadamente peinado hacia delante, como con un rastrillo. En la frente lucía aún la cicatriz de una cuchillada que lo rasguñó.

Boris conducía con seguridad los caballos por el camino sin pavimentar.

Al fin llegaron a la altura de un tosco indicador en el que se leía «Kandersteg».

—Ya hemos llegado, Laszlo.

—Para cuando lleguemos al centro de la calle mayor.

No fue difícil encontrar la calle mayor o la que, al menos, a primera vista, parecía serlo.

La gente bullía por las calles, entrando y saliendo de las pequeñas tiendas. Los sombreros con una pluma, los cortos pantalones de cuero y los calcetines altos de lana que llevaban los aldeanos daban a la aldea una pintoresca apariencia. Las mujeres seguían la pauta, luciendo largos trajes de amplia falda.

A un lado de la calle estaba el Ayuntamiento, pequeño para como acostumbran a ser tales edificios civiles, pero inmenso comparado con la mayoría de las casas de Kandersteg.

Boris no necesitó que su patrón se lo dijera para comprender que aquella calle cuadraba a la perfección con sus conveniencias. Tiró de las riendas y los caballos se detuvieron.

Los aldeanos comenzaban ya a reunirse en torno al carromato, atraídos por el truculento cartel.

«Cámara de los Horrores del Profesor Laszlo».

Siguió acumulándose público, y cuando el cadavérico viejo se puso en pie, alrededor de la carreta había ya una considerable masa de gente, cuyos murmullos hacían pensar en una colmena de abejas.

Interiormente, Laszlo se rio de su ingenuidad y alzó las esqueléticas

manos, pidiendo silencio.

Veinte o más aldeanos de Kandersteg callaron, mirando boquiabiertos a la combinación de huesos y pellejo que se alzaba sobre la carreta.

Todos aguardaban ansiosamente sus palabras.

El viejo recogió un megáfono del suelo de la carreta, junto a sus pies, y se lo llevó a sus espectrales labios.

—No os asustéis. Acercaos.

El público se acercó más.

—Acercaos.

La atención general estaba fija en él.

—Soy el profesor Laszlo y este es mi ayudante Boris.

Nuevos murmullos y, tras unos segundos, otra vez el silencio.

—He traído a vuestro amado pueblo de Kandersteg maravillas como jamás habéis visto... He traído mi «Cámara de los Horrores...»

Hizo una pausa.

—¡Hombres-lobos, buscando su presa a la luz de la luna! ¡Vampiros chupadores de sangre, volando al viento de la noche en forma de murciélagos, buscando las yugulares de inocentes vírgenes! ¡Zombis, muertos que andan y que en tiempos estuvieron tan vivos como vosotros y yo, y que ahora vagan por la tierra sin alma ni cerebro! ¡Brujas y hechiceros, que conjuran los más espantosos horrores sobrenaturales del infierno!

Al otro lado de la calle, en el Ayuntamiento, un hombre interrumpió su trabajo a causa de la conmoción que estaba produciéndose en la calle.

Desde la ventana vio la multitud reunida en torno a la carreta.

El número de mirones seguía aumentando.

Y vio también al fósil viviente, hablando por el megáfono que amplificaba su cascada voz.

El hombre regordete que estaba en el interior del Ayuntamiento solo necesitó ver los letreros del carromato para comprender lo que allí estaba ocurriendo.

Y allí acudió enseguida.

—¡Eh, oiga!

—¡Monstruos que se alimentan con los cadáveres de vuestros seres queridos...!

—Hum... ¡Oiga, usted!

El profesor Laszlo no lo vio.

Boris sí advirtió la presencia del obeso intruso, pero apartó la mirada y se hizo el desentendido.

—Y veréis con vuestros propios ojos los auténticos instrumentos utilizados por la Inquisición, por los cazadores de brujas de Salem, por los verdugos de la Torre de Londres, para torturar a sus indefensas víctimas a

fin de que confesasen crímenes demasiado horribles para ser mencionados en una calle... ¡Veréis la virgen de hierro, los hierros de tortura...!

El profesor Laszlo notó que le tiraban de la pernera del pantalón. Interrumpió por un momento su perorata para mirar al intruso que ahora se encontraba pegado a la carreta.

—¡La guillotina! ¡El garrote! ¿Qué...?

De nuevo los regordetes dedos tiraron de la pernera de su pantalón.

Con ojos llameantes de furia, el profesor Laszlo bajó el megáfono y volvió su enjuta cabeza hacia el que le había interrumpido.

—¿Qué quiere?

—Y usted... ¿qué está haciendo?

—Estoy anunciando mi «Cámara de los Horrores».

—Pues ya se acabó esta majadería.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es usted?

—Soy el burgomaestre de la población. El burgomaestre Richter, ese soy yo. ¡Y le digo que no puede usted exhibir su espectáculo en Kandersteg!

—¿Por qué no?

—Porque Kandersteg ya ha tenido suficiente terror. ¡Fue aquí donde el profesor Skruda creó su monstruo!

Los aldeanos comenzaron a murmurar sordamente a la simple mención de la leyenda. Inmediatamente, la actitud de las gentes se hizo tensa.

—¡Bah! Todo eso no son más que supersticiones absurdas.

—Le digo que no puede usted traer nuevos horrores a esta ciudad. Ya hemos tenido más que de sobra. En Kandersteg ya existe suficiente inquietud, suficiente miedo a la oscuridad. No necesitamos a sus vampiros ni a sus hombres-lobos, ni ninguna otra cosa que pueda aumentar los temores de la población.

—Pero los monstruos y maleantes de mi espectáculo solo son fantoches destinados a emocionar al público, a excitar su imaginación. Hacen que la gente se enfrente cara a cara con sus propios temores. Le digo que no haremos daño a nadie.

—Y yo le digo que no puede quedarse aquí. La gente está inquieta.

De nuevo se iniciaron los murmullos.

—Pero...

—Le aconsejo que se vaya de Kandersteg lo antes posible... ¡a no ser que prefiera aceptar la hospitalidad de nuestra cárcel!

El profesor Laszlo no dijo una palabra, pero sus verdes ojos dirigieron a los del burgomaestre una mirada que era como un rayo.

Pero unos momentos Richter fue incapaz de resistir la visión de aquellas pupilas rodeadas de oscuras ojeras.

Un vibrante vínculo pareció establecerse entre ambos pares de pupilas,

uniéndolos estrechamente pese a estar separados por un espacio de aire que parecía no existir. Toda la zona de alrededor se disolvió en una vorágine de brillantes colores y de indescriptibles formas que solo atravesaba la flamígera mirada del profesor Laszlo.

Una presión extraña, casi sobrenatural, se descargó como un balazo de rifle contra los ojos y el cerebro del burgomaestre. Un penetrante y visceral dolor se apoderó de todo su ser, hasta que tuvo que llevarse las manos a los ojos y frotárselos histéricamente.

La fricción de los dedos contra los párpados dejó enrojecidas las pupilas de Richter cuando este al fin volvió a mirar la calle mayor.

Todo volvía a ser normal.

El grupo le miraba con sorpresa y desconcierto.

—Lleva usted ahí parado lo menos cinco minutos.

—¿Cómo?

Sus oídos captaron el ruido de las ruedas del carromato girando en la distancia. Volvió la cabeza en la dirección del sonido, solo para tener un último atisbo del carromato antes de que desapareciese entre la vegetación del bosque.

CAPÍTULO 6

C

UANDO el tren llegó a la estación de Kandersteg y se abrió la puerta del vagón frigorífico, Gary Lester se llevó toda una sorpresa.

Sí.

Ruth Templar le esperaba allí y junto a ella estaba la furgoneta alquilada, junto con dos operarios vestidos de gris.

Todo eso lo esperaba el científico, ya que había hecho arreglos para que le aguardase su bella ayudante, junto con dos hombres y un vehículo.

Pero había otros esperando su llegada: era medio centenar de ceñudos aldeanos, con hoscas expresiones, encabezados por el burgomaestre Richter, quizá con el ceño más fruncido que nadie de los que formaban parte de la multitud que se extendía a uno y otro lado de su rechoncho cuerpo.

—Ruth. ¿A qué viene esto? ¿Qué pasa?

Gary se apeó de un salto del vagón ferroviario y puso pie en el andén. Inmediatamente, Ruth corrió hacia él y le abrazó con pasión incontenida, esperando un beso que no llegó.

Lo que en aquel momento preocupaba a Gary eran los manifestantes. Con la muchacha agarrada a su brazo, avanzó con decidido paso hacia los airados hombres de pétrea expresión.

—¿A qué viene esto?

El burgomaestre Richter carraspeó.

—No voy a darle la bienvenida, doctor Lester. No puedo impedir a mis conciudadanos que vengan aquí. No quieren que la tragedia de Skruda se repita en Kandersteg.

—¿Y qué les hace pensar que vaya a repetirse?

—Tenemos ojos.

—¿Qué quiere decir?

—Los embalajes...

—¿Los embalajes?

—Sí. Todas esas cajas que se acumulan frente al ruinoso castillo de Korngold. Las cajas etiquetadas «equipo de laboratorio», «material eléctrico» y «frágil». ¡Y con su nombre escrito en todas ellas!

—¿Y qué? ¿Qué tiene de ilegal que me haga enviar un equipo de laboratorio a mí casa? Lo he pagado. Es mío. ¡Tengo recibos que lo demuestran!

—No es eso lo que nos preocupa, doctor Lester. Lo que nos preocupa es el porqué de que tales materiales hayan sido enviados a su... bueno... casa. Solo se me ocurren dos razones que lo justifiquen. O va a crear usted un nuevo monstruo o, lo que es aún peor, se propone traer de nuevo a Kandersteg los horrores del monstruo de Skruda original.

—Lo que piense hacer con mi equipo es asunto mío. Cuando infrinja una ley, venga a arrestarme. Mientras, no se meta en mi propiedad... ¡ni en mi camino!

Después de eso, Gary dio la espalda al grupo, dirigiéndose junto con su bonita secretaria hacia la sala de espera.

Los dos operarios contratados estaban impacientándose, ya que habían permanecido junto a su vehículo durante la discusión con el burgomaestre.

—¿Empezamos de una vez o no?

Gary señaló hacia la puerta del vagón frigorífico.

—Desde luego. Ahí dentro. Encontrarán una gran caja. Métenla en la furgoneta. Pero tengan cuidado, no vaya a caérseles.

Los dos hombres se subieron al vagón.

Gary volvió a Ruth hacia él, y solo entonces pareció reparar en su presencia. La besó en los labios.

Luego en el hueco de la puerta del vagón aparecieron los dos empleados.

Los aldeanos aún presentes miraron boquiabiertos cómo el embalaje, con su oculto contenido, era cuidadosamente transportado al andén y a la trasera de la furgoneta.

Nadie sabía lo que iba dentro de la caja; pero todos intentaron adivinarlo.

Y a todos los cerebros acudió la misma idea.

—¡La maldición de Skruda vuelve a estar sobre nosotros!

—¡Que los santos nos protejan!

—¡El monstruo!

El burgomaestre Richter quiso decir algo y no encontró palabras. Pero en su interior no pudo por menos de identificar la inmensa caja como una especie de ataúd. Un ataúd lo bastante grande como para contener una criatura de casi dos metros y medio de altura.

En el fondo, todos lo sabían.

La caja estaba ya en el interior de la furgoneta. Gary condujo a la chica a la trasera del vehículo, donde el embalaje aguardaba. Uno de los empleados cerró la portezuela.

—Al castillo de Korngold.

El vehículo se puso en marcha con un suave zumbido del motor.

Incontables pares de aterrados ojos siguieron su partida hacia el temido castillo.

La furgoneta no tardó en encontrarse en el camino de montaña.

En la distancia, recortándose contra las blancas nubes que asumían grotescas formas, se alzaba el lóbrego castillo, la mansión de Korngold, donde el inmortal monstruo respiró el primer aliento de vida.

El biólogo sonrió.

—El monstruo regresa al hogar... tras siglo y medio de ausencia.

Uno de los hombres se volvió hacia ellos.

—Fin del trayecto. Castillo de Korngold.

La furgoneta se detuvo, y los hombres se apearon. Gary abrió la portezuela, saltó al suelo y dio la mano a Ruth para ayudarla a bajar.

—Bueno, ya estamos, Ruth.

—Es estupendo tenerte otra vez a mí lado. Con lo de los aldeanos y todo eso, no había tenido la oportunidad de decírtelo antes, cariño.

Gary sonrió. Luego miró a los dos hombres.

—Lleven dentro la caja. Y luego esas otras. Les abriré la puerta.

Gary corrió sobre el puente levadizo, con Ruth cogida a su brazo. Se detuvo frente a la vieja puerta, sacó una llave del bolsillo y la metió en la reluciente cerradura nueva.

Hizo girar la llave y empujó la puerta.

—Por aquí.

Con sumo cuidado, los dos empleados dejaron la caja procedente del Ártico en el vestíbulo del castillo, y acto seguido hicieron lo mismo con las cajas que contenían el equipo de laboratorio.

Una vez terminado su trabajo, Gary les pagó sus servicios, y los dos hombres se marcharon en su furgoneta.

Cuando el vehículo hubo desaparecido, Gary volvió rápidamente al interior del castillo, cerrando la pesada puerta con un golpe que resonó lúgubremente en sus oídos.

—¡Al fin de vuelta! ¡Y lo he conseguido! ¡Está en esa caja! ¡Tengo al monstruo! ¡Al monstruo del profesor Skruda!

Ruth se sintió contagiada por la excitación de Gary.

—Puedo verlo, ¿verdad?

—¡Oh, perdona! Con todas estas cosas, no sé dónde tengo la cabeza; supongo que ya empiezo a interpretar mi papel de científico loco y todo eso. Claro que te enseñaré el monstruo. Pero antes de mirarlo toma aliento. No es ningún espectáculo agradable.

—Ya soy mayorcita.

—Me doy perfecta cuenta de ello.

Las mejillas de Ruth enrojecieron ligeramente.

Gary se dirigió rápidamente a la primera caja que habían entrado, y tras tomar una palanqueta de un banco de herramientas, comenzó a abrir el embalaje, produciendo crujidos que resonaron en toda la estancia.

—¿Estás preparada, Ruth?

—Ajá.

—Pues ya puedes mirar.

Ella se asomó al interior de la caja.

—¡Es... espantoso!

La truculenta caricatura de hombre yacía inmóvil, cubierto de humeantes trozos de hielo seco.

—Es él. ¡Es el auténtico monstruo! Hasta ahora, me había tomado esto... casi a broma. Pero es real. ¡Y está ahí, enfrente mío!

Sus ojos se fijaron casi hipnóticamente en los costurones de la piel, en el lacio cabello, en los descomunales miembros... A duras penas contuvo su impulso de gritar.

La voz de Gary intentó mitigar el sobresalto de la muchacha.

—No debes mirar al monstruo como algo horrible. Se trata de un hombre; de una criatura que, al cabo de siglo y medio, aún no ha muerto. Fue creado por el profesor Skruda con sus propias manos. Te encuentras en presencia de un milagro, Ruth.

Ella sonrió.

—Lo siento. No creí que fuese tan... ¡tan así!

—No te preocupes. La visión de esa criatura produciría arcadas a cualquiera. Tú has resistido bastante bien, sobre todo para ser una muchacha joven y atractiva.

Ruth volvió a sonrojarse ligeramente.

El biólogo dijo:

—Y ahora, manos a la obra, que tenemos mucho trabajo.

Se dirigió hacia uno de los otros embalajes, que abrió con la palanqueta. Metió la mano en el interior, extrayendo una sección de un reluciente generador.

—Skruda empleó la fuerza de los rayos en sus experimentos, junto con sus propios inventos y aparatos de laboratorio. Pero yo he desechado la idea del rayo. Es muy poco práctica. Tendríamos que esperar a una tormenta eléctrica, y eso llevaría mucho tiempo. Por eso he comprado mi propio generador, tan potente como cualquier rayo natural.

Con rápidos movimientos, Gary comenzó a desembalar las distintas partes del generador, y luego los demás aparatos, elementos químicos, probetas y redomas, y demás cachivaches.

Ruth estuvo observándole.

—Pero, Gary... sigo sin saber por qué haces todo esto. Quiero decir que... no entiendo qué motivos pueden impulsarte a revivir a ese... a esa

cosa.

Gary meditó unos momentos y luego, mirándola a los ojos, replicó:

—Pues... simplemente por la satisfacción que producen las maravillas científicas.

Pero ella no le creyó.

* * *

Desde detrás de una espumosa jarra de cerveza, Heinrich Franz dijo:

—No me gusta. Se parece demasiado a lo que ocurrió en los viejos tiempos de mi padre, de mi abuelo y de mi bisabuelo. Todos ellos contaban la leyenda de la horrenda creación del profesor Skruda.

Simultáneamente, los dos hombres sentados a la misma mesa que Heinrich Franz dieron grandes sorbos de dorada cerveza. Aún estaban tragando el líquido cuando Heinrich Franz continuó:

—Y ahora parece que la vieja historia del científico y su monstruo va a repetirse.

—¿Tú crees?

—Sí. Será mejor que no quitemos ojo del castillo de Korngold. Y en cuanto veamos algo extraño, nos ocuparemos de ese maldito monstruo como lo hicieron nuestros antepasados.

Los dos hombres que le escuchaban asintieron en silencio.

Heinrich Franz se retrepó en su silla y sonrió.

* * *

Una crepitante hoguera era la única iluminación del claro del bosque situado en los límites municipales de Kandersteg.

Un caldero de alubias colocado sobre el fuego producía un gorgoteante sonido.

La luz de la hoguera iluminaba el claro, haciendo visibles los caballos, las formas de los polícromos carromatos circenses, y los cuerpos de los dos hombres.

Boris, el simiesco gigante, removía las alubias con una larga cuchara.

Laszlo estaba sentado en una roca, mirando hipnóticamente las sombras.

—¡Maldito sea...!

—¿Pasa algo, Laszlo?

—Maldito sea, sí.

—Te he preguntado si pasa algo.

—Ya te he oído la primera vez, estúpido. No pasa nada. Estoy pensando, eso es todo.

—¿Te importa que te pregunte en qué piensas?

—Pienso en Richter.

—¿El burgomaestre?

—Sí. El burgomaestre Richter. ¡Le haré pagar cara su desvergüenza a ese gordiflón imbécil!

—¿Quieres que me lo cargue?

—Aún no, querido Boris. Todavía no.

—Entonces... ¿cuándo? ¿Cuándo, Laszlo?

—En estos momentos no sería oportuno. En la aldea todos deben de saber de nosotros y de nuestro enfrentamiento con Richter. Si ahora le sucede algo al tipo, nosotros seremos lógicamente los principales sospechosos.

—¿Entonces...?

—Entonces, a mí no me apetece tenérmelas que ver con toda la aldea de Kandersteg. ¿Y a ti? En cuanto encontrasen el cadáver se lanzarían en nuestra busca.

—Podemos llevárnoslo con nosotros y tirarlo en cualquier sitio.

—¿No comprendes que eso tampoco serviría para nada? En cuanto los aldeanos echasen de menos a su burgomaestre, que probablemente siempre anda cerca, ya sea en el Ayuntamiento o en las tabernas del pueblo, deducirían que nosotros teníamos algo que ver con su desaparición. Y en un dos por tres nos encontraríamos con varios centenares de personas atacándonos.

—Pero para cuando se diesen cuenta... nosotros ya podríamos haber puesto tierra por medio.

—¿En esas carretas? No tendríamos ni una oportunidad contra sus caballos. Además, algunos de los aldeanos tienen coche. Nos atraparían en un abrir y cerrar de ojos. E incluso sí, por milagro, lográbamos escapar, una simple llamada telefónica a las ciudades de alrededor bastaría para que nos echasen el guante.

Boris se rascó la corta cabellera, y luego, distraídamente, se pasó un dedo por la cicatriz que surcaba su frente.

—¿Entonces, qué, Laszlo? Quieres vengarte de Richter, pero dices que eliminarlo es demasiado peligroso. ¿Qué hacemos entonces?

—Querido Boris, le ajustaremos las cuentas a ese gordo burgomaestre, pero no ahora. Necesitaremos un plan perfecto, quizás un milagro, no sé... ¡pero estoy seguro de que algo se nos ocurrirá!

De nuevo Boris se pasó los dedos por el pajizo cabello.

—Si tú lo dices, Laszlo... Ten, come algo.

Boris se acercó a la hoguera, retiró el hirviente guiso de alubias cuyo contenido vació, en porciones iguales, en dos platos. Entregó uno al profesor Laszlo, que había vuelto a su sombría actitud. El viejo aceptó la escasa cena, con la mirada fija otra vez en la negrura que les rodeaba.

El cadavérico y arrugado personaje murmuró:

—Por el momento... esperaremos.

Boris ni dijo nada.

El solo obedecía.

CAPÍTULO 7

E

L moderno laboratorio del doctor Gary Lester no recordaba ni remotamente la polvorienta y desnuda sala que en tiempos presenció el milagro vital que produjeron las manos del profesor Skruda ciento cincuenta años atrás.

No.

Ni remotamente.

Gran parte del antiguo equipo se encontraba inutilizado por la herrumbre, y el joven biólogo lo sustituyó por sus propios aparatos.

Un descomunal generador ocupaba todo un rincón de la sala, conectado con la turbina movida por el río, situada en el exterior de las vetustas paredes del castillo, las flamantes máquinas modernas parecían fuera de lugar en aquella cámara medieval. Frascos de distintos colores, retortas y tubos de ensayo bullían, humeaban y silbaban. Y en otro rincón había un montón de inútiles y antiguos artilugios utilizados por el mismo Skruda para atrapar el rayo que en otro tiempo diera vida a la criatura.

En el mismo centro de la sala se encontraba el sustituto de un elemento de equipo tan viejo e inútil como la pila de herrumbrosos desperdicios del rincón. Era, simplemente, una plataforma metálica, de unos dos metros y medio de longitud provista de cinco correas con hebillas, e inclinada en un ángulo de cuarenta y cinco grados respecto al desnudo suelo.

Tumbado sobre la plataforma, inmóvil, había un ser indudablemente macabro.

Algo que parecía un hombre.

Pero que en realidad era un ensamble de partes de distintos cadáveres.

Se encontraba fuertemente sujeto a la plataforma mediante las correas de cuero. Los pálidos párpados seguían cerrados y el horrendo rostro estaba cubierto por una mascarilla que bombeaba cloroformo en las fosas nasales del monstruo.

Gary retiró la mascarilla anestésica y dejó al descubierto el pavoroso rostro.

Ruth afirmó:

—Sigo diciendo que es espantoso. Me alegraré cuanto todo esto haya terminado y pueda volver al hotel, dejándote con tu querido monstruo.

Gary retiró la mascarilla anestésica y dejó al descubierto el pavoroso rostro.

—Ya no falta mucho. Bueno, ya tiene suficiente para que permanezca quieto hasta que empecemos. No quería revivirle hasta que todos los aparatos estuviesen listos; hasta que podamos devolverle las fuerzas. No hay forma de saber qué daños podría sufrir en vida artificial si nos hubiéramos limitado a deshalarlo después de tantas décadas en el hielo, congelado vivo. No. Lo haremos como se debe hacer; cuando vuelva al mundo de los vivos se encontrará espléndidamente. No como... ¡como una merluza descongelada!

Ruth ni siquiera esbozó una sonrisa.

No podía hacerlo encontrándose en la misma habitación que aquel informe horror.

Tras depositar la mascarilla anestésica sobre una mesa, Gary cogió dos artilugios parecidos a casquillos, conectados cada uno de ellos a largos cables forrados de plástico.

Adaptó uno y otro a los electrodos que sobresalían de entre los revueltos cabellos de las sienes del monstruo.

—A través de los electrodos y los cables, enviaremos las descargas eléctricas vivificadoras.

Gary y Ruth miraban fijamente al gigante.

—¿Sabes, Ruth? La verdad es que con las ropas nuevas no tiene tan mal aspecto. Las que llevaba antes eran poco más que andrajos.

El durmiente monstruo que tenían ante ellos vestía un traje negro con un jersey de cuello alto del mismo color. Las grandes botas eran las mismas de cuando fue exhumado de su gélida tumba.

—Sigue siendo espantoso. Esos brazos descarnados que sobresalen de las mangas y todo eso...

—Recapacita sobre ello, Ruth. Skruda creó ese... ese hombre con sus propias manos, con fragmentos de múltiples cadáveres. Dio vida a lo que estaba muerto. Sus colegas se burlaron de él, pero él demostró al mundo que se podía crear vida por medios artificiales; y que el secreto de la vida estaba en la electricidad. Imagina aquella primera proteína, hace mil millones de años... en el mar... producida por las furias de una tormenta eléctrica. ¡El primer organismo vivo! ¡Y Skruda lo demostró más allá de toda duda! Y aquí, ante nosotros está la prueba. Esta criatura no está muerta; solo dormida. ¡Pero dentro de poco, Ruth, estará de nuevo!

Pasaron unos instantes de solemne silencio.

—¿Te parece que... empecemos?

—Pues... sí, claro. ¡Acabemos de una vez!

Gary ordenó a Ruth que ajustase varios mandos en el tablero de control, que parecía el panel de sonido de un estudio de grabación. Interruptores,

diales, botones e indicadores llenaban el tablero de mandos, frente al cual se alzaba una gruesa pantalla metálica: una barrera protectora contra las peligrosas chispas eléctricas que pronto culebrearían por el laboratorio.

—Ponte las gafas, Ruth.

Él se cubrió también los ojos con las suyas.

Gary y Ruth estaban sentados juntos tras el tablero de mandos, protegidos por la barrera antieléctrica. Cuatro manos reposaban sobre distintos diales e interruptores, y dos corazones latían al unísono, aceleradamente.

—¿Lista?

—Sí.

—Muy bien. Adelante.

Tras aspirar unas cuantas veces más, sus manos iniciaron la tarea. Firme y cuidadosamente, accionó el conmutador general.

En ese instante, una serie de cegadores chispazos convirtieron el laboratorio en una refulgente vorágine de colores.

Las manos siguieron moviéndose, accionando mandos, interruptores, oprimiendo botones.

Violentos rayos eléctricos salieron de un terminal a otro.

Los inmensos aparatos, de formas casi inverosímiles, humeaban.

De los relucientes electrodos de la cabeza del monstruo se alzaban rayos eléctricos mientras los cables conductores se retorcían a impulsos de la vivificadora energía.

Las ruedas giraban, lanzando chispas a causa de la fricción.

Unos ruidos ahogaban los otros.

Los colores se disolvían en otros colores de más alta frecuencia.

Las agujas indicadoras oscilaban de un lado a otro, como al ritmo de una salvaje partitura electrónica.

Gary y Ruth presenciaban el espectáculo con los corazones latiéndoles de tal forma, que parecían irse a salir de sus cuerpos.

Entonces...

¡Entonces presenciaron el milagro!

El monstruo se movió...

Solo ligeramente, pero se movió.

Sí.

¡Chispas! ¡Estruendo! ¡Colores! ¡Humo!

La cara del monstruo se contorsionó violentamente, y el enorme corpachón comenzó a vibrar. La boca, de cárdenos labios se abrió en su renacida sed de aire. Y mientras un ensordecedor estampido resonaba en todo el laboratorio... los parpados se abrieron. Dos opacos y amarillentos ojos miraron a las dos personas vestidas de blanco.

—¡Está vivo, Ruth! ¡Está vivo!

La aldea de Kandersteg no escuchó aquel atronador estampido...

Pero sí experimentó sus consecuencias marginales.

Sí.

Pareció como si los conductos del suministro eléctrico hubieran sido arrancados de algún descomunal enchufe, porque todas las luces del pueblo disminuyeron su intensidad, recuperaron el brillo y volvieron a disminuir.

Solo tuvieron que pasar unos minutos para que la mayor parte de los aldeanos se reuniesen en las calles.

Cuchicheando entre ellos.

Uno señaló hacia el viejo castillo de Korngold.

—¡Mirad! ¡En lo alto del monte!

Los fluctuantes resplandores eran visibles a través de las ventanas de la estructura empañando el brillo de la media luna que quedaba parcialmente oculta tras la torre izquierda del castillo.

Otro hombre se persignó.

—¡El castillo maldito!

El burgomaestre Richter llegaba corriendo cuando alguien exclamó:

—¡Es el monstruo! ¡Ha vuelto!

—¡Las luces del castillo! ¡Mi bisabuelo vio esas mismas luces!
¡Cuando el monstruo llegó del infierno!

—¡Ahora sabemos que no es una leyenda! ¡Ya no cabe duda! ¡Nuestros antepasados decían la verdad!

—¡El doctor Lester! ¡Es tan malo como el mismo Skruda! ¡Iros a casa!

Antes de que la multitud pudiera moverse, Richter blandió un revólver y disparó al aire.

El súbito estampido inmovilizó a todos.

Las cabezas de los aldeanos se volvieron hacia su burgomaestre.

—¡Esperad! ¡Lester no ha infringido ninguna ley! ¡No podemos encarcelarle arbitrariamente!

El resquemor se evidenció en murmullos cada vez más fuertes.

El burgomaestre Richter continuó:

—¡Legalmente, no podemos entrar en el castillo de Korngold! ¡Pero si el monstruo ha regresado, yo mismo os conduciré personalmente allí! ¡Por ahora, no podemos asaltar a propiedad privada de un hombre solo porque consuma mucha electricidad!

El volumen de los murmullos aumentó.

—¡Volved todos a vuestras casas! ¡No inventéis demonios que no... que pueden no existir! ¡Iros a casa!

La multitud de aldeanos se retiró a sus hogares...

Con excepción de tres individuos, que habiendo salido de una taberna

se dirigían ahora a hurtadillas hacia el castillo de Korngold.

Se ocultaron tras unos arbustos.

Mirando hacia el castillo, en cuyo interior seguían produciéndose los resplandores.

Heinrich Franz dijo:

—Ahí tenéis. Si el monstruo anda por aquí, seremos los primeros en enterarnos.

—Pero... ¿y si él... nos ve, Heinrich?

—Entre esta vegetación no nos puede ver. No, le veremos nosotros primero. Y luego seremos los héroes de Kandersteg. ¡Quizá yo llegue a ser el próximo burgomaestre!

* * *

Dos pares de ojos miraban con estupefacta fijeza la gótica mole que se recortaba contra el cielo nocturno.

Boris y Laszlo.

El viejo dijo en un atónito susurro:

—Se han apagado las luces, Boris. Debe de ser el castillo de Korngold. ¡Tiene que serlo!

—¿Te refieres a eso que inspira tanto miedo a todos los habitantes de esta cochina aldea?

—¡Sí, el castillo de Korngold!

—Pero, Laszlo... Todo eso no son más que patrañas supersticiosas, ¿no? Tú mismo lo dijiste.

El viejo seguía con los ojos aún fijos en la majestuosa construcción de la cima del monte.

—Sé lo que dije, estúpido. Pero ahí arriba ha estado sucediendo algo. No sé qué, pero esas luces que vimos no eran producidas por un televisor, eso te lo aseguro.

—No creerás que...

—No sé qué pensar; pero en lo alto del monte han estado pasando cosas... y esas cosas han parado ya. Ahora, en apariencia, no ocurre nada, excepto por esa débil luz.

Se produjo un nuevo silencio.

Luego la atención del viejo volvió a centrarse donde lo había estado anteriormente y de nuevo tomó asiento en la fría roca. Sus febriles ojos se fijaron de nuevo en las tinieblas.

Mientras, su compañero se rascaba el corto cabello y desaparecía en el interior del primer carromato.

CAPÍTULO 8

G

ARY exclamó:

—¡Lo hemos conseguido, Ruth!

—No puedo soportar mirarlo. Debe de estar padeciendo una auténtica agonía. Me da pena.

—Solo está desconcertado, nada más. Ciento cincuenta años son mucho tiempo.

El monstruo giró la cabeza, boqueando horriblemente.

—El estar durante tanto tiempo congelado debe de haberle hecho perder la capacidad de hablar. El hielo le habrá deteriorado las cuerdas vocales.

Entonces, como en respuesta al biólogo, la cabeza del monstruo se detuvo bruscamente. Una idea pareció surgir en su cerebro, como si se diera cuenta de que estaba resucitando; como si previese la repetición de una vida de horror...

Abriendo más la boca, el monstruo lanzó un alarido.

Ruth se apartó de su campo visual, escondiéndose tras la pantalla protectora del tablero de mandos.

Gary no lograba apartarse de la horrenda imagen.

De nuevo el monstruo profirió un inhumano alarido, mientras sus férreos puños de piel amarillenta se crispaban y todos los demás músculos se ponían en tensión. Dos brazos cargados de electricidad comenzaron a presionar contra las correas que los sujetaban.

Cinco segundos más tarde las tiras de cuero se partieron.

El monstruo repitió la maniobra con las correas que le cruzaban el pecho. Luego con las dos de las piernas. Después, las manos se quitaron los cables unidos a los electrodos de su cabeza.

De los cables surgió un torrente de chispas y humo, hasta que Ruth desconectó el interruptor general.

Todo el equipo del laboratorio quedó apagado, y Kandersteg recuperó su intensidad luminosa anterior.

¡El monstruo estaba libre!

Dos pies calzados con botas percutieron sobre el suelo del laboratorio.

El monstruo estaba derecho, recuperada toda su fuerza sobrehumana. Las amarillentas pupilas giraron, fijando la mirada en la difusa forma del doctor Gary Lester, y una torcida sonrisa indescriptiblemente fea curvó los rectilíneos labios negros.

Torpemente al principio, el monstruo dio sus primeros pasos vacilantes...

Hacia Gary.

El joven doctor no sabía cómo reaccionar. No quería enfurecer al monstruo; y sabía que no lo podía matar. El monstruo no podía morir. Creado de cadáveres, ahora poseía vida eterna.

Contra su voluntad, Gary retrocedió, con la vista fija aún en la patética criatura. Unos brazos de longitud increíble se extendieron hacia adelante y el monstruo gruñó. Gary ni siquiera podía hacer eso; era incapaz de articular sonido.

El doctor retrocedió varios pasos más.

Hasta que el pétreo muro a su espalda le impidió seguir haciéndolo.

Estaba atrapado contra la pared.

Sin tiempo para correr a un lado ni a otro.

Otro paso del monstruo puso al doctor Lester al alcance de la criatura por él resucitada.

El joven sudaba; tras las gafas, los ojos se le salían de las órbitas; el corazón le palpitaba demasiado aprisa para poder contar los latidos.

Ruth lanzó un grito cuando la enorme manaza derecha del monstruo se cerró como un cepo en torno al cuello de Gary.

Ruth gritó de nuevo.

Pero Gary no pudo hacer lo mismo, con aquel cepo viviente cerrado en torno a su cuello como los tentáculos de un pulpo. Notaba cada uno de los costurones de la monstruosa mano contra su piel; cada una de las cicatrices que se produjeron al ensamblar la mano a la muñeca y al brazo extraños.

La cara del monstruo era la personificación de la furia vengativa.

Los labios estaban contorsionados en una feroz mueca que revelaba los desiguales pero blanquísimos dientes.

¡Podía destruirle en un instante, con un simple apretón de aquellos dedos sobrehumanos!

Pero la criatura no partió aquel cuello, ni eliminó a aquel insignificante mortal del mundo de los vivos.

¿Por qué?

Los ojos parecían casi decir patéticamente:

«No debo destruirte a ti, que me has devuelto la vida. Te permitiré vivir, para que compartas mi torturada existencia. Con cada una de mis desgracias, con cada uno de mis asesinatos, morirás un millar de veces. ¡Pagarás con tu propia alma el haberme devuelto al mundo lleno de odio de

los humanos!».

Los blancos párpados pestañearon, y los fríos dedos aflojaron su tensión. Lentamente, el descomunal brazo derecho fue bajando hasta quedar al costado de su negra chaqueta. Las negras fosas nasales se estremecían, y Gary se frotó la garganta, enrojecida y con las huellas de los dedos indeleblemente marcados en su piel.

Luego, con torpes movimientos, el monstruo dio media vuelta, y con toda la rapidez que le permitían sus renacidas piernas, se dirigió con torpes zancadas hacia la enorme puerta del castillo.

Los poderosos músculos se tensaron, las monstruosas manos aferraron los viejos tiradores, el lúgubre rostro se contorsionó en terribles muecas. Con un titánico empujón, abrió la puerta por la que, casi dos siglos atrás, había huido, y desapareció en la oscuridad.

Gary oprimió su cuerpo contra el de Ruth, cuya cabeza reposaba suavemente contra el enrojecido rostro del doctor. Las lágrimas de la muchacha cayeron sobre la bata blanca.

—¡Oh, Gary! ¿Qué hemos hecho?

—Tú no has hecho nada. Yo, y solo yo, fui quien puso en libertad a ese horror.

Ella escondió su cara en el hombro de Gary.

—Oh, cariño...

—¿Por qué lo he hecho? Y ahora... ¿qué sucederá... con nosotros, con el monstruo, con la gente?

Estrecharon su abrazo, mirando hacia la puerta, hacia las sombras...

Luego fueron a cerrar la puerta.

* * *

Tres hombres aguardaban silenciosamente ocultos entre los arbustos.

Heinrich Franz susurró:

—¿Habéis oído? ¿No oís?

—Sí. Parecen...

—¡Pisadas!

Los tres hombres se apretaron unos contra otros.

Una negra masa que a la luz del sol hubiese resultado amarillenta, se removió, avanzó hacia ellos y quedó plenamente visible como una descomunal monstruosidad, una aberración que resultaría una blasfemia llamar humana.

—¡El monstruo! ¡Vivo!

—¡Yo tenía razón!

Uno de ellos, con temblorosos movimientos, se echó el fusil a la cara, apuntando el largo cañón negro contra el patético rostro.

¡Un arma de fuego!

De entre los labios del monstruo surgió un gruñido de ultratumba. El fusil seguía apuntando contra él, pero el dedo sobre el gatillo no tuvo oportunidad de dispararlo, pues unos férreos dedos se lo arrancaron de las manos y luego lo estrellaron contra la cabeza del tirador.

Después, aquellas mismas manos alzaron al desvanecido hombre y lo lanzaron hacia un árbol, contra el que estrelló mortalmente.

Los otros dos hombres observaban, presas del pánico.

Uno de ellos alzó su fusil, que también le fue arrebatado y destrozado por aquellas hercúleas manos.

Heinrich Franz comenzó a retroceder, mientras el monstruo se apoderaba del otro hombre, lo elevaba a una altura de tres metros y luego le partía la espina dorsal sobre su pétrea rodilla.

El monstruo se volvió, en busca del tercero, pero este ya había desaparecido en el bosque.

Dos fuertes botas golpearon salvajemente ambos cadáveres.

Y el monstruo siguió adelante con inseguro paso.

Destino desconocido.

Intención desconocida.

Hacia adelante.

Nada más.

* * *

El profesor Laszlo continuaba sentado en la roca, al calor de la cercana hoguera, dando vueltas a un plan de venganza, cuando oyó los chasquidos que producían unas pesadas botas al aplastar la vegetación.

Sus penetrantes ojos miraron hacia arriba...

Hasta el sitio de donde parecía proceder el sonido.

Se puso en pie y aguardó lo que estaba a punto de llegar.

Un mastodóntico cuerpo formado por costurones y parches de carne apareció.

Su mirada y la de unos ojos amarillentos se encontraron.

—La creación del profesor Skruda... Con vida...

Para el monstruo era difícil de aceptar el hecho de que el hombre que tenía frente a sí no mostrara miedo, violencia o ambas cosas.

¿Por qué no chillaba aquel mortal?

¿Por qué no intentaba hacerle daño?

¿Por qué se limitaba a mirar casi con reverencia aquellos alucinantes ojos?

—No voy a hacerte daño. Vienes del castillo, ¿verdad? Soy tu amigo... amigo... ¿entiendes?

El monstruo pareció confuso.

—Muy bien.

El monstruo extendió ambos brazos hacia él, moviéndose con tremendo patetismo hacia el famélico hombre que tenía ante sí.

Suavemente, el profesor Laszlo tomó las pálidas manos en las suyas y las palmeó.

En los violáceos labios captó la sombra de una sonrisa.

La mirada de Laszlo se clavó cada vez más hondamente en los amarillentos ojos, mientras las palabras tranquilizadoras no cesaban de salir de los labios del viejo hasta que el monstruo estuvo por completo pendiente de aquellas pupilas que le retenían con una fuerza mental idéntica a su propia fuerza bruta.

—Solo obedecerás mis órdenes... ¿entiendes?

El monstruo asintió con la cabeza.

Boris había oído estas últimas palabras.

—¿Con... con quién estás hablando...?

En aquel momento vio al monstruo.

—¡No... no puedo creerlo! ¡Es... real!

El profesor Laszlo se volvió hacia Boris.

—¿Te acuerdas del milagro que dije que necesitaríamos? Bueno, pues acaba de producirse. Este monstruo me dará la fuerza bruta... y tú... desgraciado imbécil... tu capacidad para el crimen.

CAPÍTULO 9

G

ARY Lester dijo:

—Tengo que hacer algo. ¡Tengo que detener al monstruo antes de que... cometa alguna barbaridad! ¡A mí me corresponde hacerlo! ¡A mí! ¡A mí!

Ruth sugirió:

—¿Por qué no vas a la policía... o se lo comunicas al burgomaestre Richter?

—¡No! Los del pueblo me advirtieron. Pero yo fui tan... estúpido... tan tozudo... tan orgulloso, que no los escuché. Lo primero que harían sería colgarme de un árbol, Ruth, esos aldeanos pueden convertirse en una partida de linchamiento en un dos por tres. Ya los viste en la estación.

—Pero...

—No, Ruth. Es a mí a quién corresponde localizar... y destruir... al monstruo.

—Pero tú mismo dijiste que el monstruo es indestructible. ¡Es inmortal!

—Lo sé. Pero debe existir alguna forma. Quizá si pudiera narcotizarlo, y luego invertir el procedimiento del profesor Skruda...

—No querrás decir...

—Sí. Desmontarlo.

* * *

El burgomaestre Richter se revolvió en su cálida y mullida cama, en un intento de no hacer caso de los golpes que sonaban en su puerta.

Pero el sonido continuó llegando hasta sus oídos.

Los golpes en la puerta continuaron sonando.

—¡Lárguese quien sea! ¡Quiero dormir!

Pero los golpes continuaron.

El burgomaestre Richter, tras varias toses, gritó:

—¡Bueno, bueno! ¡Ya voy!

Encendió la lámpara de petróleo, se puso una bata y unas pantuflas y se dirigió a la puerta.

Consultó el reloj de pared, que marcaba las tres y cuarto de la madrugada.

—Será mejor que quien sea tenga una razón convincente para despertarme a estas horas de la noche.

Aún con el sueño en los ojos, Richter, de mala gana, llegó hasta la puerta. El obeso burgomaestre abrió para encontrarse frente al empavorecido rostro de uno de los aldeanos.

—¡Heinrich Franz! ¿A qué viene esta... esta invasión? ¿Te das cuenta de la hora qué es?

—¡Burgomaestre! ¡Ha vuelto! ¡Está vivo! ¡Le he visto con mis propios ojos! Ha matado a dos amigos nuestros...

—¿Qué farfullas? ¿Qué diablos pretendes decirme?

—¡El monstruo! ¡Le he visto! ¡Errando por el bosque! ¡Era horrible! ¡Mató a mis compañeros!

Richter captó el olor a cerveza en el aliento de Franz.

—Estás borracho. Yo mismo te he visto en la taberna esta mañana. Y esta tarde. Y esta noche. ¡Para el caso, lo mismo podrías quedarte a vivir allí!

—¡No! ¡Tiene que escucharme! Estuve en la taberna, desde luego. Pero no bebí tanto. No estuve bebiendo todo el rato. Hablé mucho con los amigos y todo eso. ¿Parezco borracho? ¿O parezco asustado?

—A estas horas de la noche... mejor dicho, de la madrugada... no pareces gran cosa: solo una pesadilla. Pero, por lo que dices, pareces más borracho que una cuba. Ahora, vete a tu casa y duérmela... Y déjame dormir a mí antes de que te meta en la cárcel.

El burgomaestre Richter cerró la puerta en la aterrada cara de Heinrich Franz, y casi a la carrera volvió al cálido abrigo de su lecho.

Los golpes se iniciaron de nuevo.

—¡Lárgate o te detengo!

Los golpes cesaron y el burgomaestre pudo volver al sereno reposo.

Poco después, Heinrich Franz se encontraba también en su propia cama, tras una bien atrancada puerta.

Pero al contrario que el burgomaestre, Franz no pudo dormir.

Pasó media hora para el adormecido burgomaestre, aunque a Richter le pareció que era solo medio minuto, al cabo del cual despertó de nuevo a causa de otros golpes que resonaban en su puerta.

—Como sea otra vez el borracho de Franz...

Volvió a encender la lámpara de petróleo, se puso la bata y se anudó el cordón, para dirigirse luego a la puerta.

Los golpes no habían parado ni un momento.

—¿Quién es?

Nadie contestó.

—¿Eres tú, Franz?

Tampoco ahora hubo respuesta.

Solo golpe tras golpe.

—¿Quién anda ahí?

De nuevo no hubo más respuesta que los impactos sobre la madera.

Pequeñas gotas de sudor comenzaron a brotar en la frente de Richter cuando la madera de la puerta comenzó a pandearse hacia el interior.

Luego, otro descomunal batacazo produjo una blanca grieta en el barniz de la puerta.

El burgomaestre retrocedió.

Pero cuando un puño amarillento apareció contra las astillas, lanzando fragmentos de madera en todas las direcciones, la historia contada por Franz irrumpió en su cerebro, llenándolo de frenéticas ideas.

—¡El monstruo!

En aquel momento, la mastodóntica mole acababa de echar abajo la puerta.

Su macabra forma se recortó tétricamente en el umbral.

Todos los horrendos rasgos fueron revelados por la lámpara de petróleo, cuya fluctuante luz hacía danzar las sombras por toda la habitación.

Richter retrocedió ante el avance del monstruo, cuyos amarillentos ojos carecían de expresión. Como un zombie, la criatura caminaba con torpes pasos hacia el horrorizado hombre.

Pero el retroceso del burgomaestre tenía otro propósito que el de huir del monstruo.

Sí.

Porque del cajón de su escritorio sacó un revólver y, apuntándolo contra la macabra figura que se le aproximaba, apretó el gatillo.

El cilindro del arma giró seis veces.

Lanzando seis llamaradas contra el pecho del monstruo.

—¡Te he alcanzado seis veces! ¡Es imposible que no hayas muerto!

Fueron las últimas palabras que pronunció el burgomaestre Richter.

El monstruo notó en su interior aquellos ardientes proyectiles, que solo consiguieron enfurecerle aún más.

Otro rígido paso llevó a su informe cuerpo a pocos centímetros del de Richter.

La mano derecha saltó al cuello del burgomaestre, como ocurriera antes con Gary Lester. Pero esta vez los férreos dedos no se detuvieron. Siguieron apretando más y más, hasta que una bocanada de sangre surgió de entre los boqueantes labios del burgomaestre Richter, y sus ojos se salieron casi de las órbitas que los albergaban.

En un último intento por liberarse, el burgomaestre contorsionó violentamente el cuerpo, y uno de sus pies golpeó la mesa, enviando la lámpara de petróleo a estrellarse contra el suelo.

Se produjo una instantánea llamarada.

Y el burgomaestre Richter dejó de patear y retorcerse definitivamente.

El monstruo aflojó la presión de su férrea mano, y la inerte forma que fue el burgomaestre Richter se derrumbó desmadejadamente sobre un charco de su propia sangre.

Pero las llamas comenzaban ya a tomar auge, prendiendo en las cortinas, las alfombras y el mobiliario de madera.

¡El fuego!

El monstruo aulló de lacerante dolor cuando una lengua de fuego le lamió el brazo.

Retrocedió con un respingo y salió del cuarto antes de que las mordientes llamaradas le pudieran dañar más.

A los pocos minutos, el monstruo había desaparecido del edificio en llamas.

Pero no por ello dejó de vérselo, ya que las llamas no tardaron en producir una alarma de incendio, llamando al rescate a todos los aldeanos que, en casos como aquel, hacían de improvisados bomberos.

Intentando evitar que lo descubrieran, el monstruo se metió por un callejón, desapareciendo tras una pila de embalajes de manzanas.

Desde aquel escondite, la criatura observó cómo una masa de gente rodeaba el incendiado edificio mientras otros arrojaban agua sobre las devastadoras llamas, produciendo grandes nubes de vapor que ascendían hacia el cielo.

Uno de los aldeanos fue reconocido por el monstruo.

Se trataba de Heinrich Franz, que trataba de excitar los ánimos de la masa.

—¡El que ha hecho esto ha sido el monstruo! ¡El monstruo!

En la multitud se produjeron gran cantidad de murmullos y rumores.

Dos aldeanos sacaron el cuerpo del burgomaestre Richter en una camilla.

Las llamas aún no lo habían consumido, y los allí presentes pudieron examinar el cuerpo intacto antes de cubrirlo con una sábana y sacarlo a la calle.

La sección de tela blanca que cubría la cabeza estaba empapada de sangre coagulada. Y la visión de su rostro, con los ojos en blanco y un palmo de violácea lengua fuera, resultaba realmente alucinante.

El monstruo observó cómo Heinrich Franz detenía a los hombres y les interrogaba, después de lo cual estos siguieron su camino, transportando el cadáver del burgomaestre.

Cuando una furgoneta se llevó los restos, Heinrich Franz gritó de nuevo, reduciendo al silencio a su exaltado auditorio:

—¿Habéis oído? El cuello del burgomaestre fue partido por unas

gigantescas manos.

Nuevos murmullos y luego el silencio.

—¡Y junto a él había un revólver recientemente disparado, con seis cápsulas vacías en su interior! ¡El burgomaestre Richter disparó contra algo, y pese a todo murió! ¡Ese algo incendió la casa! ¡Y ese algo que no puede ser detenido por las balas es... es el monstruo!

Nuevos murmullos y otra pausa.

—¡Ha vuelto! ¡Está con vida! ¡Esta noche ya ha matado a dos de mis mejores amigos! ¡Y ahora a nuestro amado burgomaestre!

Las respuestas no se hicieron esperar:

—¡Atrapémosle!

—¡Aún debe de andar por aquí cerca! ¡No ha tenido tiempo de escapar!

—¡La leyenda dice que el monstruo teme al fuego!

Heinrich Franz agitó los brazos sobre la cabeza, en su papel de jefe que cada vez se afianza más.

—¡Entonces cojamos antorchas y persigamos al asesino! ¡Atrapemos al monstruo!

La multitud coreó furiosamente:

—¡Cacemos al monstruo!

Como una nube, los aldeanos se diseminaron, agarrando palos, troncos y patas de sillas; cualquier cosa que pudiera ser sostenida por un extremo y encendida por el otro. Parte del material procedía de la destruida casa de Richter.

Las antorchas de madera fueron impregnadas en gasolina, en petróleo o en cualquier otra cosa que ardiese rápidamente, y luego se encendieron.

A los pocos minutos, un vengativo ejército de aldeanos armado con antorchas se desplegó por la ciudad, registrando hasta los últimos sótanos, bodegas y callejones.

El monstruo removió todo su cuerpo, retirándose más hacia las sombras.

Pero los aldeanos, un grupo de seis de ellos, se aproximaban a la criatura, y a cada paso aquellas flamígeras armas que tanto amedrentaban al monstruo se acercaban más a su cuerpo.

Sí.

Cada vez estaban más cerca...

Uno de los seis hombres dijo:

—Quizás en esos embalajes de ahí...

Luego él y los otros cinco aproximaron sus antorchas a las cajas para ver mejor.

¡Aquellas antorchas!

¡Aquellas llamas!

¡La cercanía del calor!

¡El fuego que consumía la carne!

El monstruo comenzó a gruñir en el mismo momento en que las ígneas antorchas revelaban la creación del profesor Skruda en todo su macabro aspecto.

Cinco de los aldeanos quedaron petrificados ante la estremecedora visión, y el sexto, en una mezcla de miedo y triunfo, exclamó:

—¡Aquí! ¡Es el monstruo! ¡Ya lo tenemos!

Uno de los seis hombres arrojó su antorcha contra la horrenda cara macilenta, mientras el resto de la población parecía, por el ruido, estar afluyendo en aquella dirección desde el final de la calle.

El monstruo notó la agónica punzada de las llamas, y desesperadamente apartó de un manotazo la antorcha.

Con un violento ademán circular, el brazo del monstruo giró mecánicamente contra el cuello de su atacante, rompiéndoselo con seco chasquido, y casi separándole la cabeza del cuerpo.

Los otros cinco vieron morir a su amigo, permanecieron estupefactos e inmóviles, incapaces de ayudarlo.

La visión de la cabeza tronchada, como una flor rota, les detuvo.

La masa de linchadores estaba cada vez más próxima, y el monstruo atacó de nuevo.

Agarró a un segundo perseguidor, cuya antorcha cayó al suelo del callejón, y con un brutal movimiento lanzó a su víctima en un movimiento de bolea, golpeando su cabeza con irresistible fuerza contra los cráneos de los otros cuatro.

La sangre, las esquirlas de hueso, la masa encefálica salpicaron en todas las direcciones, y seis cadáveres quedaron repartidos por el callejón.

En el momento en que el monstruo dejaba caer su maza humana, la mayoría de la población masculina adulta de Kandersteg apareció al fondo del estrecho pasadizo, entre gritos y aullidos.

—¡El monstruo!

—¡A por él!

Heinrich Franz iba en primera línea, conduciendo al grupo de linchadores.

—¡Que no se escape!

—¡Mas antorchas!

El monstruo se tuvo que retirar. Con toda la rapidez que su gigantesca forma le permitía, la criatura se lanzó hacia el fondo del callejón.

Por un momento, la masa se detuvo para examinar a los seis mutilados cadáveres de sus amigos, concediendo así al monstruo cierta ventaja. Pero los aldeanos no tardaron en reanudar la caza.

—¡Al bosque! ¡Va hacia el bosque!

—Sí, ¡pero le atraparemos! ¡Esta vez no se nos escapará!

Solo conocía un lugar donde encontrar cobijo, y en él se encontró el monstruo poco tiempo después, tras una serie de gigantescas zancadas.

Cuando la criatura entraba en el claro del bosque, la arrugada figura del cadavérico Laszlo asomó por la puerta de uno de los carromatos circenses.

—¿Lo has hecho? ¿Has matado a Richter?

El monstruo asintió rígidamente con la cabeza.

Pero su rostro estaba contorsionado en una expresión de angustia.

—¿Qué ocurre? Parece como si estuvieras asustado de algo. Pero... ¿qué podría asustarte a ti?

Con mecánicos movimientos, la criatura señaló para atrás, hacia los bosques y la aldea.

—¡Estúpido! ¡Te han descubierto!

Boris, despertado por la conmoción, asomó la cabeza por la carreta delantera.

—¿Qué pasa, Laszlo?

—¡El monstruo! ¡Ha traído a medio pueblo detrás suyo! ¡Debemos huir!

—Pero... ¿y él?

Boris señalaba al bruto de dos metros y medio, que permanecía confuso, pero con evidente aprensión hacia las antorchas que se aproximaban.

—Vendrá con nosotros. Más adelante, sus servicios pueden sernos útiles.

Laszlo miró hacia el monstruo.

—¡Entra! ¡Aprisa, si no quieres que te abrasen!

El monstruo se encontraba aún bajo el poder hipnótico del profesor.

Con ayuda de los hercúleos brazos de Boris, el monstruo fue acomodado dentro del carromato delantero. Luego, Boris enganchó uno de los negros caballos al vehículo.

Laszlo había hecho lo propio con el segundo carromato.

Un restallido de las riendas puso en marcha a las dos carretas en direcciones opuestas por un camino vecinal, en el mismo instante en que Heinrich Franz y sus seguidores irrumpían en el claro del bosque.

Todos sostenían con sumo cuidado las antorchas, para no iniciar un incendio forestal.

Franz miró hacia los fugitivos carromatos circenses.

—¡Ha desaparecido! Y parece como si ese tal profesor tuviera algo que ver con ello. El monstruo va en uno de esos carromatos, pero están demasiado lejos para saber en cuál. ¡Nos sacan ventaja, pero ya les atraparemos! ¡No pueden esconder esos carretones! Y, de todas maneras, un poco de sueño nos vendrá bien. Ya les echaremos el guante mañana. Pero, primero, hagamos una visita al canalla que empezó todo esto: ¡el

doctor Gary Lester!

Enseguida la multitud rugió salvajemente.

—¡A por Lester!

—¡Vayamos al castillo, aprisa!

—¡No se nos escapará!

Luego, monte arriba, se dirigieron hacia el castillo de Korngold.

* * *

Ruth estaba mirando por una de las ventanas del castillo hacia la banda de hombres armados con antorchas, que había cruzado el puente sobre el río y ahora estaba haciendo lo mismo sobre el puente levadizo.

—Tenemos visita, Gary.

El biólogo fue a ella y miró al exterior.

El naciente sol iluminaba los rostros de los aldeanos.

—Debí haber esperado algo así. El monstruo habrá matado a alguien.

Heinrich Franz, que se había fijado en las dos figuras de la ventana del castillo, gritó:

—¡Lester!

El joven doctor abrió la puerta del castillo.

—¡Lester! ¡Salga de aquí!

Gary avanzó intrépidamente hacia la masa de furiosos aldeanos.

—¿Es usted el doctor Lester?

—Me declaro culpable de serlo.

—¡Exactamente: culpable! ¡Su monstruo ha matado ya a nueve hombres!

—¡Dios mío!

Los ojos de Heinrich Franz refulgían de odio.

—¡Usted trajo esa maldición sobre nosotros!

Los otros corearon a su cabecilla.

—¡Loco!

—¡Asesino!

—¡Canalla!

Gary se esforzó por encontrar las palabras adecuadas para decirlas ante el pueblo, congregado en pleno, con excepción de los nueve aldeanos muertos a causa de su trágica curiosidad científica.

Habló, pero sin estar seguro de que lo hacía adecuadamente:

—¿Qué puedo decir, aparte de que lamento infinitamente haber lanzado ese horror contra vosotros?

La inquietud de la muchedumbre se acentuó, y Gary tuvo la seguridad de que iba a ser linchado de un momento a otro.

Alzó una mano.

—¡Esperad! ¡Yo soy el causante de que el monstruo ande suelto, y yo lo descubriré, o moriré en el intento! ¡Debéis permitirme ir en su busca! ¡Debéis dejarme acabar con su existencia!

La multitud se apaciguó, y Ruth respiró aliviada.

—¡Dadme la oportunidad de acabar con el monstruo! ¡Concededme solo veinticuatro horas! ¡No pido más! ¡Veinticuatro horas!

Entre la masa de vengadores, alguien gritó:

—¡Lo que pide parece justo!

Entre la multitud sonaron murmullos de asentimiento.

Heinrich Franz, sonriendo torcidamente, decidió:

—Muy bien, Lester. Tiene usted sus veinticuatro horas. O usted acaba con el monstruo... o nosotros acabamos con usted.

CAPÍTULO 10

U

Un restallante rayo eléctrico zigzagueó en el cielo de la mañana, dando paso al primer torrente de agua. Las grandes nubes grisáceas parecían haberse formado súbitamente sobre Kandersteg, como por arte de magia.

En medio del chaparrón, con los limpiaparabrisas moviéndose incesantemente, un negro «Volkswagen» avanzaba por el cenagoso camino. Al volante del automóvil iba un joven científico en cuyo rostro se reflejaba la determinación.

Gary conducía en la dirección que le diese Heinrich Franz, la que los carromatos parecieron tomar.

Había dos vehículos circenses fugitivos, y ambos habían tomado direcciones opuestas.

Pero Gary confiaba en su intuición y en la suerte al seguir aquel camino, el más conveniente de ambos tomando el castillo de Korngold como punto de partida.

Gary apretó el acelerador a fondo.

El «Volkswagen» patinó ligeramente en el escurridizo fango, y luego siguió avanzando.

Hubo otro rayo, que fue seguido por el ensordecedor estampido de un trueno.

Y eso... ¿qué era?

De pronto vio una vieja construcción, que por un instante se recortó contra el nuboso cielo, iluminada por la descarga eléctrica.

Era un establo.

Un viejo establo, probablemente abandonado a juzgar por su ruinoso aspecto.

No se veía ningún otro edificio en torno, salvo el montón de oscurecidos maderos que tal vez en tiempos fuesen una casa de labranza.

Pero lo que atrajo su atención no fue solo el establo.

Dos carromatos circenses, uno detrás del otro, y arrastrados por dos negros caballos, cuyas húmedas grupas relucían como espejos, aguardaban delante del establo.

Gary leyó:

«Cámara de los horrores del Profesor Laszlo».

Y reconoció los vehículos por la descripción que a primera hora de aquella mañana le hiciese Heinrich Franz.

¡Los había encontrado!

Condujo el coche a través del barro y el agua a un lado del camino, para no delatar su presencia.

Una vez oculto el pequeño automóvil tras una masa de goteante vegetación, Gary se apeó, cerrando la portezuela a su espalda lo más silenciosamente posible.

Mientras, con suma cautela, se dirigió hacia el establo, sacó el revólver calibre 38 de largo cañón que hasta entonces había llevado en una funda sobaquera, y lo empuñó firmemente.

La lluvia arreció súbitamente, como si el cielo vomitase el resto de la tormenta.

Luego fue disminuyendo mientras Gary, blandiendo el arma, avanzaba chapoteando sobre el barro hacia el establo.

La ventana por la que el biólogo atisbó era poco más que una tronera cubierta por un astillado cristal.

La visibilidad del interior del establo era clara...

Y el hombre pudo distinguir dos inhumanas formas: un viejo que parecía un cadáver ambulante y un gigante de dos metros y medio que en tiempos había sido un cadáver.

Gary avanzó, con los pies hundiéndose en la blanda tierra a cada paso.

Llegó a la puerta y con suma cautela la abrió, pasando al interior, con el revólver enfilado hacia el anciano.

—Quédese dónde está, amigo.

El profesor Laszlo no pareció muy preocupado.

Gary quedó indeciso acerca de qué hacer a continuación. El arma no le serviría de nada contra el monstruo.

Pero la situación se resolvió por sí misma cuando el profesor Laszlo sonrió y una voz a espaldas del científico evidenció la presencia de otra persona.

—Está bien, amigo. Suelte el revólver y toque el techo con las manos.

Gary soltó el arma, que cayó sobre el heno, y alzó los brazos, mientras algo metálico se apoyaba contra su espalda.

Riendo sádicamente, el profesor Laszlo dijo:

—Boris, eres increíble.

—Te dije que había oído llegar un coche, Laszlo. Menos mal que me escondí a un lado de la puerta, por si las moscas. ¡Y resultó! Oye, Laszlo, ¿a este puedo matarle?

—Sí.

El pie de Gary, movido casi exclusivamente por los reflejos, dio una

patada a un barril que había frente a él. Dando media vuelta, Gary consiguió lanzarlo contra el cuerpo de Boris, haciéndole trastrabillar hacia atrás.

—¡Estúpido! ¡Mátalo!

Pero Gary había saltado ya sobre su antagonista, logrando colocar una serie de contundentes puñetazos en la rijosa mandíbula antes de que un simiesco pie le golpease en el bajo vientre, haciéndole doblarse de dolor.

Laszlo transfirió la orden al monstruo, que observaba la lucha con vidriosa mirada.

—¡Mátale tú! ¡Acaba con el intruso! ¡Destrózale con las manos! ¡Arráncale... arráncale los ojos!

El monstruo dio dos inseguras zancadas hacia delante y luego se detuvo.

Pese a encontrarse su cerebro dominado por el profesor, la criatura no podía destruir al hombre que, a través de neblinosos recuerdos, reconocía como al que le liberó del gélido sueño eterno.

La fuerza de un condicionamiento previo anulaba el hipnótico dominio del profesor.

La bestia quedó paralizada, como un robot desconectado.

—¿Cómo? ¿Me desobedeces?

La batalla comenzó.

Salvajemente, Boris levantó del suelo al joven doctor. Un inmenso puño percutió contra el estómago de Gary, luego contra su cara, enviándolo contra un montón de barriles. La pila se desmoronó, y Gary con ella.

Luego, como catapultado por un invisible trampolín, Boris se lanzó al aire y cayó sobre los barriles y el biólogo.

Laszlo comprendió que el monstruo no se inmiscuiría en la pelea, sin darse cuenta aún de los motivos de aquella ilógica desobediencia. Disgustado, y considerando que el tiempo apremiaba, el profesor ordenó:

—¡Vamos! ¡Fuera de aquí!

El monstruo volvió a encontrarse bajo el dominio mental del cadavérico viejo, y como un animal amaestrado salió al exterior y se encaminó hacia los carromatos.

Mientras seguía debatiéndose contra Boris, Gary oyó la voz del profesor que gritaba violentamente:

—¡Te esperamos, Boris! ¡Acaba con él!

Gary se distrajo un momento, y su cabeza fue echada hacia un lado por el impacto de un veloz puño.

Sorprendido con la guardia baja, Gary recibió otro gancho en la mandíbula, que le arrojó contra una de las inestables paredes del establo. Notó cómo el muro cedía unos centímetros bajo su peso, e imaginó el efecto que producirían unos cuantos impactos más.

El gorila humano saltó de nuevo, aferrando el cuello de Gary con sus simiescas manos.

Pero el doctor reaccionó con rapidez, alzando los brazos y rompiendo la presa.

Luego descargó una y otra vez sus puños contra el estómago de su atacante.

El asesino se rio de los golpes, y sus nudillos percutieron contra la cabeza del biólogo.

Gary sintió un lacerante dolor y de nuevo cayó para atrás.

La pared cedió otros varios centímetros y una nube de serrín se desprendió del techo.

Como martillos pilones, los puños de Gary golpearon una y otra vez el estómago de Boris, hasta que por fin empezaron a conseguir ciertos resultados. El cuerpo del asesino se dobló hacia adelante, y Gary lanzó ambos puños simultáneamente hacia el rostro de su enemigo.

Boris, semiinconsciente, cayó de espaldas al suelo.

Gary recuperó el aliento, mientras continuaba cayendo serrín del techo, a través del cual entraba ahora la luz diurna y las gotas de lluvia, por el sitio donde la pared se había separado del techo.

Boris meneó la cabeza, recuperando la plena conciencia, y en una de las sacudidas vio uno de los revólveres tirados en el suelo.

Pero los rápidos reflejos de Gary captaron su intención y antes de que el criminal pudiera apoderarse del arma, el biólogo, tras un acrobático salto, se había apoderado ya de su propio revólver.

Y mientras Gary Lester, con el arma empuñada, corría al refugio de otro montón de embalajes, Boris disparó.

Una flamígera lengua cruzó el establo.

Gary respondió disparando a su vez y el grotesco cuerpo del asesino salió lanzado hacia atrás. El revólver se le disparó, apuntando hacia arriba. Y con un clamor casi idéntico al de los truenos de la tormenta matutina, Boris se desplomó de espaldas, contra la pared del establo.

Su enorme peso fue como una bala de cañón contra la pared.

Del techo se desprendieron nuevas nubes de serrín.

Gary comprendió lo que aquello significaba. En un desesperado intento por huir, se lanzó hacia la puerta, pero antes de que pudiera abrirla, el establo se vino abajo, enterrándolo bajo una masa de escombros.

* * *

La taberna más concurrida de la calle mayor de Kandersteg estaba considerablemente llena, teniendo en cuenta lo temprano de la hora. El sol se alzaba aún sobre el montañoso horizonte, iluminando aún con su luz el

interior del local.

El establecimiento de bebidas estaba atestado de serios aldeanos; unos bebían, otros charlaban, pero todos aparecían preocupados y pensativos.

En la barra, alguien gritó, detrás de una copa de aguardiente:

—¡Sigo diciendo que aquí plantados no arreglamos nada!

Heinrich Franz estaba sentado a la cabecera de la mesa que ocupaba el centro de la sala. Volvió su bigotudo rostro hacia la barra.

—¡Prometí a Lester veinticuatro horas y no han pasado aún!

—Pues yo digo que Lester ya ha contado con suficiente tiempo. Yo digo que deberíamos ir a por el monstruo ahora, antes de que oscurezca. ¡El monstruo no podrá esconderse mientras el sol esté alto!

El murmullo de los parroquianos implicaba asentimiento.

—¡Tienes razón!

—¡Si Lester ha encontrado al monstruo, lo más probable es que a estas alturas el doctor esté ya muerto! ¡Y lo más posible es que la bestia vuelva a andar merodeando en busca de víctimas!

Heinrich Franz se puso en pie.

—¡No! ¡Esperaremos!

Antes de que ningún otro pudiera intervenir, dos aldeanos irrumpieron histéricamente en la taberna, abriéndose paso, hasta que se detuvieron frente a Heinrich Franz.

Todos los ojos miraron a los causantes de la conmoción.

—Bueno, ¿qué pasa?

—Los dos carromatos están detenidos junto al establo abandonado, cerca del despeñadero que da sobre el río.

—¿Estáis seguros?

—Seguros.

El aldeano de la barra gritó:

—¡Ya lo habéis oído, muchachos! ¿A qué esperamos? ¡Acabemos de una vez con esa bestia!

La multitud prorrumpió en gritos similares a los que produce una jauría.

* * *

La lluvia había arreciado.

Gary, trabajosamente, abrió los ojos.

El rostro del joven estaba aplastado contra el barro. Con un sobrehumano esfuerzo, movió ligeramente la cabeza de un lado a otro, contemplando las ruinas del establo. Un examen más detenido le reveló que estaba rodeado por viejas tablas de madera, dos de las cuales, una a cada lado de su cuerpo, se alzaban como muros, mientras que un montón de maderos yacía sobre su espalda. Había un margen de seguridad de ocho o

diez centímetros entre su espalda y la sección del establo que se había derrumbado sobre él.

Se sentía como si estuviese en un ataúd, pero agradeció la presencia de los dos maderos laterales que, al caer donde cayeron, le habían salvado de perecer bajo los restos del establo.

Estuvo a punto de sumirse de nuevo en la inconsciencia, pero a su cerebro, como un relámpago, acudió el recuerdo: ¡el monstruo!

Logró liberar sus brazos de la presión de los maderos y, aferrándose con los dedos al barro y a las cortantes piedras, el biólogo logró sacar su dolorido cuerpo al exterior y ponerse trabajosamente en pie.

Gary, cubierto de barro, aspiró una profunda bocanada de aire y se enjugó la frente, aliviado.

Encontró al asesino, pero no le sirvió de nada. Probablemente estaba ya muerto antes de que el establo, al derrumbarse, lo destrozara como a una cáscara de huevo.

Salió al exterior.

Llovía a cántaros.

Los dos carromatos seguían allí.

Pudo entrever a través de la cortina de agua las dos figuras de Laszlo y el monstruo.

—¿Eres tú, Boris?

—No soy Boris, sino Gary Lester. ¿Decepcionado?

El cadavérico profesor Laszlo prorrumpió en una demente carcajada que coincidió con el más horrísono estruendo que una tormenta pudiera producir. Arreció aún más la lluvia, como si el cielo participase en aquella visión de ultratumba.

—¡Lester! ¡Vas a morir! ¡No me quitarás al monstruo! ¡He de pasearlo por todo el mundo como la estrella de mi espectáculo! ¡Ganaré mucho dinero con él! ¡El monstruo me hará millonario! ¡Y tú no podrás impedirlo!

—Estás loco, amigo...

Laszlo se volvió hacia la bestia gigantesca.

—¡Mátalo! ¡Te lo ordeno!

El poder hipnótico del profesor influía sobre el monstruo con una fuerza irresistible.

—¡Vamos! ¡Mátalo! ¡Mátalo!

La gigantesca criatura se puso en movimiento, torpemente, en dirección a donde se encontraba Gary.

De pronto, ocurrió algo insólito.

Del cielo, en plena tormenta de agua, surgió un rayo que zigzagueó un segundo hasta dar plenamente en el monstruo. Como si le zarandeara una fuerza superior a todo lo imaginable, la criatura se tambaleó...

Luego siguió erguido, quieto, como si algo le hubiera pasado dentro de

sí mismo.

La fuerza eléctrica había deshipnotizado a la bestia.

Esta se volvió y, con el mismo caminar torpe, se dirigió hacia Laszlo.

—¡No! ¡Es a él a quién tienes que matar! ¿No lo entiendes? ¡Es a él!

El monstruo parecía no oírle.

Llegó a su lado en unas cuantas zancadas. Laszlo estaba petrificado, muerto de miedo, paralizados sus miembros.

Fue agarrado por el monstruo.

Le atenazó el cuello.

Apretó.

Hasta dejar caer solo un guiñapo sin vida.

Luego se volvió hacia Gary Lester. Movié los negros labios en algo que quería ser una sonrisa, pero que solo alcanzaba a ser una mueca...

Inopinadamente, por todos lados comenzaron a aparecer aldeanos.

El monstruo había captado su presencia.

Comenzó a caminar, pero no hacia ellos, sino en sentido contrario.

¿A dónde iba?

—¡Que no se nos escape!

Gary fue a decir algo, cuando uno de los aldeanos advirtió:

— ¡Se dirige hacia el despeñadero! ¡No tiene escapatoria!

Todo ocurrió más aprisa que lo que se tarda en contarlo. El monstruo, inconsciente o deliberadamente, caminó hacia el borde del precipicio.

Un segundo después había desaparecido de la vista de todos los presentes.

Gary sintió un ahogo dentro de sí al verle desaparecer...

PUNTO FINAL

L

A lluvia había cesado.

Medio centenar de ceñudos aldeanos se asomaban al borde del despeñadero, contemplando las turbulentas aguas del río que corría allá abajo, a muchos metros de profundidad.

Ruth permanecía abrazada a Gary, que a su vez la enlazaba con su brazo. Ambos miraban también abajo.

—Se hundió en las aguas... ¿Por qué lo hizo, Gary? Quiero decir, ¿fue un accidente o se lanzó en el vacío?

—Eso es algo que nunca sabremos, cariño.

—Pero...

—Algún día encontraré al monstruo. Está allí abajo, vivo.

No puede morir. Pero algún día lo encontraré, y ese día...

—Pero eso es imposible; Desde esta altura, esa caída... debe haberse destrozado. Rompiéndose en mil pedazos... Pero no pienses más en eso. Ya todo ha terminado.

—Sí, probablemente tengas razón.

Los dos sonrieron.

Y luego tropezaron con la sonrisa de Heinrich Franz, que les miraba satisfecho.

—Gracias, doctor.

—¿Por qué?

—Es usted un buen hombre... y al final se portó como debía.

¿Cómo debía?

Gary Lester tenía sus dudas. Pero se cuidó mucho de decirlo así.

Heinrich Franz preguntó:

—¿Se casarán ustedes en Kandersteg, doctor?

Gary y Ruth se miraron.

—¿Casarnos? No se me había ocurrido... ¿Por qué?

—Mis conciudadanos quieren elegirme burgomaestre de Kandersteg. ¿Por qué no se casan aquí? Les prometo la boda más maravillosa que puedan imaginar.

Gary y Ruth volvieron a mirarse.

—Bueno, yo diría que ese es un motivo más que suficiente para que dos

enamorados decidan casarse, ¿verdad, cariño?

Ella no decía nada.

¿Para qué?

Ya lo decían sus ojos...

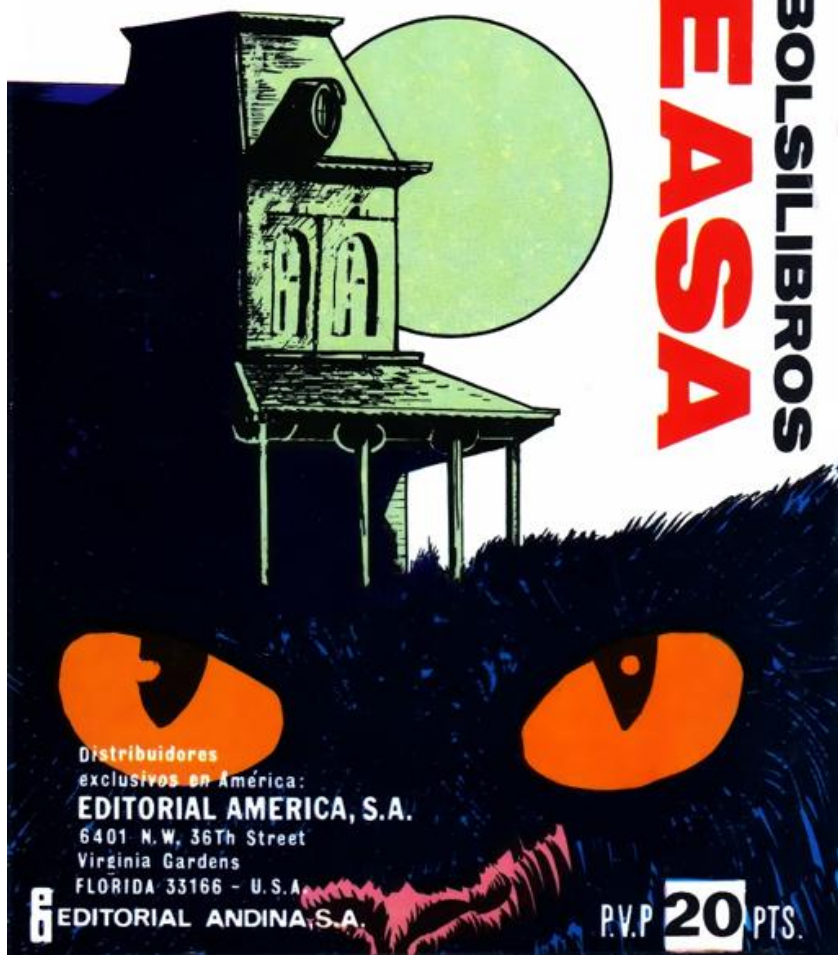
Y mientras, abajo, una enorme ola se estrelló contra una roca.

F I N

TERROR

Una nueva
colección
avalada por el
sello de
prestigio

BOLSILIBROS
EASA



Distribuidores

exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street

Virginia Gardens

FLORIDA 33166 - U.S.A.

6

EDITORIAL ANDINA, S.A.

P.V.P. **20** PTS.